

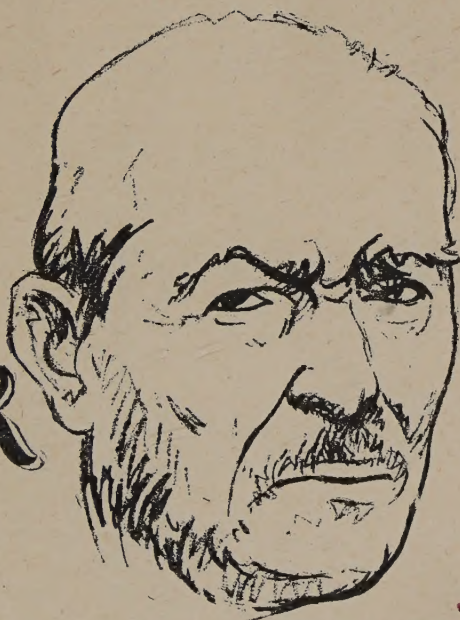
PQ
7297
Q4
H7
1916
mn

UNIV. OF ARIZONA
Quevedo y Zubieta, Huerta; drama histor
mn

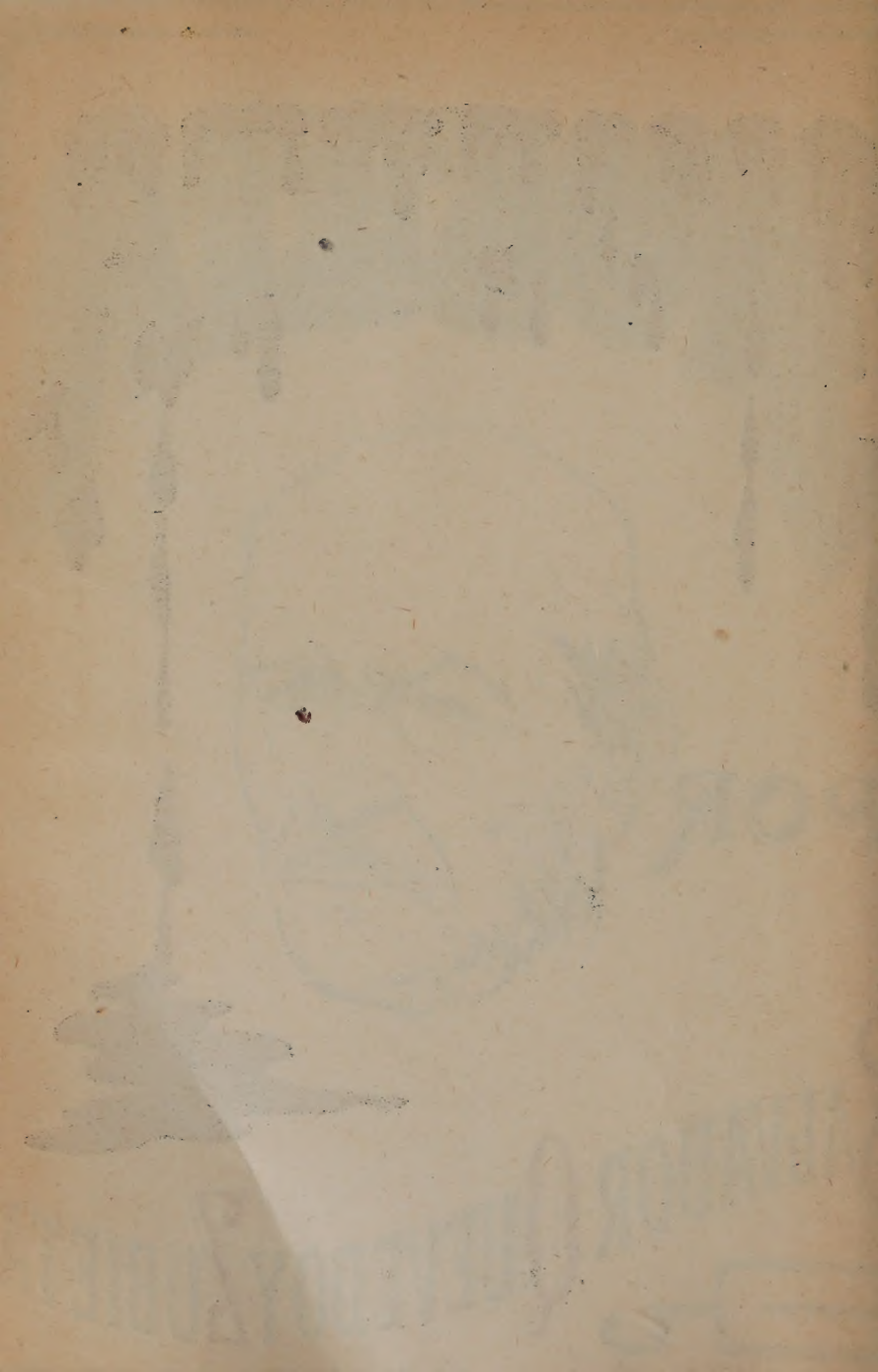
3 9001 03995 8494

HUERTA

POR



1036
SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA.



HUERTA

А Т Я Э В А

HUERTA

DRAMA HISTORICO

EN CINCO ACTOS

— POR —

Salvador Quevedo y Zubieta

MEXICO

ANDRES BOTAS, editor

la, Bolívar, 9

1916

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Recuerdos de un Emigrado, con prólogo de Castelar.

Un año en Londres.

Manuel González y su Gobierno en México.

Récits Mexicains. (Texto francés).

L' Etudiante. (Texto francés).

Porfirio Díaz. (Psicología histórica).

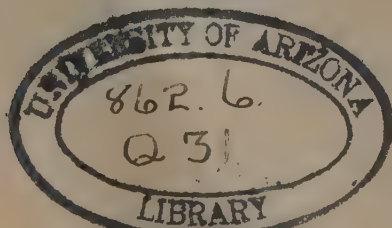
El Caudillo. (Psicología histórica).

La Camada. (Psicología social).

Campañas de Prensa.

Tesis Médica, premiada por la Facultad de París.

Numerosas monografías médicas.



INTRODUCCION

Por muchos años, desde los últimos de la pasada centuria, vivió en la capital mexicana una Madame D..., modista-costurera, que se ofreció a mi fantasía para forjar un personaje femenino de este drama. He alterado un poco su nombre y oficio, convirtiéndola en la señora Donarís, profesora eventual en su lengua de origen. Tal como la conocí en 1914, era una rolliza hembra frizando en los cuarenta, y a pesar de ellos, todavía fresca. Solía vestir con cierta llamativa elegancia, propia de un oficio que sugiere el deseo de hacer valer bellos restos por la envoltura. Normanda, de Rouen, lo mostraba en su corsé rotundo....

La casualidad me colocó junto a ella, en un punto de observación involuntaria. Era en la época huertiana. Recién regresado de Europa, había yo ido a alojarme encima de su habitación y taller. Desde mi cuarto, percibía por momentos su voz estridente reprendiendo a las subalternas en un castellano gutural, indicador de procedencia francesa. Esa voz acusaba también violenta neurosis. Después, viéndola entrar y salir con su hijo, pálido mozalbete, objeto de sus constantes

atenciones, hube de reconocer en la neurótica violenta una maternidad cariñosa.

Cuando el cacicazgo de Huerta tocaba a su fin, solía Mme. D.... asistir por las noches a la cantina-repostería del «Globo,» espiando el momento en que haría allí el Cacique una de sus etapas libadoras.

Como él llegara, la modista se le acercaba, apremiante. Decíase que le reclamaba cumplir promesas en favor de su hijo, a cambio de siniestros servicios. Creyó sin duda, con mil embaucados, en la prolongación de aquel poder ficticio. El desengaño debió ser rudo viendo partir a Huerta como prófugo. Se la vió, desde vísperas de la fuga, entregarse a agitaciones agresivas de que fueron víctimas varias antiguas amistades de su buena época. Rechazada por una de ellas (el día siguiente al en que partió Huerta), en alto departamento del edificio frontero al jardín Guardiola, ingirió en la escalera cierta solución venenosa. La acompañaba su hijo, quien la vió caer en el patio, alargándole el frasco, cuyo resto le invitaba a beber. Se la condujo primero al Hospital Juárez, en seguida al francés, donde falleció a poco, en medio de horribles sufrimientos.

Este boceto del original apenas podrá dar cuenta de la señora Donaris de mi drama, si no se considera el proceso de adaptación a que fatalmente sometemos lo real a fin de incluirlo en obras de este género. ¡Extraño y curioso trabajo! Figuraos a un Pigmalión creyendo encontrar en Corina el modelo propio para su Ga-

latea. Pero a medida que avanza, descubre que Corina le presenta incongruencias.... Entonces, sobre el bloque mal desbastado, esculpe de Clori el labio, la nariz de Celimena, el busto de Arsinoé.... Algo así me pasó con Mme. D... cuando, a caza de figuras femeninas, la implanté en mi trama dramática. Quise tomar para ella de aquí y de allá en otras mujeres de su raza y condición, borrar los rasgos impuros, quizá por la malicia condonados a sus relaciones con Huerta. Sé la opuse como la protesta de la debilidad atropellada contra el brutal masculino. Y mi señora Donarís me fué creciendo en las manos, ennoblecida por su maternidad protectora; hecha patricia romana al virar hacia lo trágico.

Una vez así enaltecida, ¿cómo no asociarla íntimamente con la egregia figura de Don Belisario? No había que forzar los papeles, como se dice en lenguaje teatral. Mi Sra. Donarís viene de la capital de Francia. Don Belisario pasó en la misma un largo período de su juventud estudiando la Medicina. Allá, en el cuartel latino, la gran mayoría de los extranjeros son médicos hechos o en vía de serlo. Unos y otros viven la vida del *carabin*. Fatigados de clases, clínicas, manipulación de cadáveres, el *carabin*, nieto de Galeno, tropieza un día con alguna mujer que sonríe. El conubio se establece, por la ley de gravedad que preside a los contactos sexuales. Pasan los meses, y ya no es la gravedad, sino la gravidez la que impone su ley en el hogar estudiantil. Nada más sencillo para un biznieto de Hipócrates que detener el accidente. Pero ¿y la

honradez....? Se le deja venir, y sale un Raulito cualquiera.

Que el infante venga a México, se haga aspirante militar en la Escuela de Tlálpam; y tendréis a mi Raúl Donarís.

No es un personaje de pura ficción ese oficialito Donarís. Abundaban en la institución militar de Tlálpam desequilibrados sobre los cuales pudiera calcársele. Tuve ocasión de tratar a uno de los que tomaron parte activa en el pronunciamiento de Febrero de 1913. Era un chiquillo, apenas salido de la adolescencia, pobremente construído, vibrante al menor impulso, sugestionable típico. La única razón que hacía valer para la asonada, era que el Presidente Madero había mostrado preferencias por el Colegio rival de Chapultepec.

Como en la formación escénica de la madre, en la del hijo han entrado componentes dispersos. A mi confidente, el pronunciadito de Tlálpam, añadí muchos prosélitos del Dictador beodo, acanallados por él entre cigarro y copa. Algo especial tomé de un Quiroz, esbirro fúnebre, comisionado para matar por detrás a los enterradores de algunas víctimas, a orillas de las fosas. Ese Quiroz, me han asegurado, se casó después, en el extranjero, con una hija del *huichol* colotleco. (*)

(*) Victoriano Huerta nació en Colótlán, (Jalisco); asiento de una raza de indios llamados «huicholes.» Afírmase que la nariz ganchuda del ex-Dictador, su mirar oblicuo, el pliegue cínico de la boca y otros de sus rasgos físicos y morales, son comunes en esa raza. Secuaces admiradores creían halagarlo, bautizándolo «el Gran Huichol».

De buena gana hubiera omitido en la pieza al Dr. Urrutia, con quien llevé, antes de su ingreso en política, amables relaciones de compañerismo; sin displicencia alguna. Entre tantos alevosos colegas, Urrutia llegó a representarme una feliz excepción. Acaso por simple azar, tuvo para el autor de «Huerta» una de esas francas cordialidades que obligan.... Pero, en confianza, literatos amigos observaban mi elaboración dramática; y cuando les comuniqué mi pensamiento de excluir a Urrutia y sustituirlo con cualquier otro colaborador del tirano, me combatieron vivamente. ¿Cómo romper con la creencia general establecida? En la psiquis popular estaba arraigado el papel mentoriano y seyanesco de Urrutia con respecto a Huerta. Las condiciones de la composición dramática exigen insuflarle vida con el espíritu público, so pena de que el drama carezca de ella; salga muerto al nacer. Hay que tomar los personajes como están hechos y vinculados en la imaginación reinante. Un Huerta sin Urrutia sería un Fausto sin Mefistófeles o un Otelo sin Yago. Hay imposibles artísticos.

No creo, por otra parte, en la vasta criminalidad que a Urrutia se imputa. Hace poco, un órgano del partido imperante, en artículo documentario, insinuaba que el asesinato de Serapio Rendón fué maquinado por la Secretaría de Guerra y no por la de Gobernación, cuyo jefe era Urrutia.

El asesinato de Don Belisario Domínguez se ejecutó cuando Urrutia había salido de Gobernación, fuera de acción para dirigirlo, en ruptura política con el veleidoso Huerta. Hubo empero una versión según la

cual, se tuvo algún tiempo oculto al Senador por Chiapas y no se le «remató» sino cuando el Huichol liaba sus maletas para la huida. Acośíme a tal versión al escribir mi final.

En él, cediendo de buen grado a la leyenda, hice intervenir a Urrutia; pero allí la ocasión se me presentó de considerar que, en el fondo del político pervertido, había un médico bueno, consciente de su elevada misión ante la víctima herida.

El Urrutia de mi final es el que creí ver a mi regreso de Europa, unos ocho meses después del cuartelazo de Febrero, cuando el primer período dictatorial de Huerta había pasado. La ola sangrienta estaba en reflujo. El Huichol ébrio, parecía retirarse a su cubil para digerir, como el ogro del cuento, la carne victimaria.... Hablé con Urrutia y me hizo la impresión de un convalesciente psicopático, en regresión de bondad tras de pasajero vértigo. ¡Ojalá que con este carácter de serenidad pueda surgir en la Historia! Se lo deseo para bien suyo y nuestro; para que contribuya a hacer respirable nuestra atmósfera moral inficionada; para honor de la clase.

Más perfidia y más traición se esconden en otros médicos, asesinos incruentos, cómplices profesoriales de sicarios impunes. Nada les abona que vayan por ahí, en actitudes sabihondas, curando con maquinitas y varas de virtud. El Tartufo galénico, que he tratado de bosquejar en mi libro «La Camada,» ha sustituido en

la sociedad moderna al Tartufo místico, desenmascarado por Molière.

El Tartufo del gran poeta cómico francés penetra en la familia de Orgón a punto de llevarse su fortuna, la mano y dote de su hija Mariana, el honor de la conyuge Elmira.... «La Camada» presentó al eminente Dr. Penéquez intentando contra niñas y casadas en su consultorio de las Estaciones, refugiándose bajo una mesa ante la jeringa de un marido amenazante. Presentó a un eminente Dr. Birján, desbalijador de incautos en el Jockey Club, pasando allí, baraja en mano, sus tardes y noches; lo cual no le impedía salir, con el cerebro repleto de ases y sotas, a la diaria comedia de sabio en el Consejo de Salubridad, en el Hospital, en la Escuela.... Enhorabuena, revolucionarios! Algo útil habéis hecho con cerrar a esos saltimbanquis titulados el garito de azulejos donde practicaban sus timos.

El Tartufo galénico nunca anda aislado. Únicamente los animales nobles, como el león y el toro, atacan solos. Promiscuidades de intereses, para la explotación de clientela y de empleos, le hacen agregarse en camadas lobunas. El Dr. Misa Penéquez de este drama no es individuo, sino colección. Resume a todos los mercantiles, dispuestos a hacer condenar o absolver con eruditas razones, a los sicarios Cepeda, según lo quiera el comprador de conciencias.

Bastante he usado del «yo» en esta introducción para

detenerme en deseadas referencias a mi breve colaboración periodística en tiempos de Huerta. Si alguien me achacare falta de *sindéresis* política mencionando artículos míos en que no se hallará la menor frase de consideración personal a tan funesto antropomorfo, responderé con gusto en el periódico censor, si éste no se sustrae al deber de ofrecer a la defensa el campo mismo del ataque.

Por último, ¿por qué se da a la prensa este drama y no al teatro? Necesitaría el autor muchas páginas para exponer sus observaciones e ideas sobre nuestro problema teatral. Esto no se puede en la ocasión presente, cuando sólo tengo a mi alcance un preámbulo, ya desbordante. Me circunscribiré a comentar un hecho que culmina:—No hay en México teatro mexicano propiamente dicho.

Hasta la fecha, sólo el género chico nacional ha prosperado, en espectáculos de insignificante valor literario. De comedia y de drama sólo hemos conocido chispazos sin suficiente intensidad para encender fuego sagrado de Arte. La deficiencia generadora puede dividirse en dos: (a) Falta de autores. (b) Falta de actores.—Algunas líneas para cada uno de estos grupos ausentes.

(a) *Los autores*.—Si en los modernos tiempos ha producido México literatos teatrales, todos palidecen bajo Don José Peón Contreras, aclamado en cierta época como «el restaurador del teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza.» ¿Y qué fué, en suma, el maestro

Peón? Un dramaturgo lírico; entidad que se considera actualmente como la cuadratura del círculo. Porque una cosa es abstraerse en bellas estrofas y otra concretar en las tablas un trozo palpitante de vida. Hace poco asistí a una representación, por aficionados, de un drama del poeta Othón; y al escuchar aquellas hermosas tiradas rítmicas en una acción muy pobre, hube de decirme: «Aquí está continuado Peón Contreras.» Era un ejemplar de dramaturgia lírica mexicana amoldada al viejo repertorio español. No había allí ambiente ni caracteres mexicanos. Personajes de frac se movían y expresaban con una solemnidad que quería ser dramática; y a pesar del autor salía cómica.

Defecto es éste consecutivo al desarrollo dado por nuestros literatos a la versificación y a la bella prosa, con descuido de estudios sociales sobre acontecimientos, caracteres, costumbres, lenguaje, todo lo que concurre a perfeccionar la mecánica teatral. Particularmente, hay que convencerse de que en todos los ramos del arte escénico «la acción» domina a la «palabra.» De allí el éxito asombroso obtenido por las piezas cinematográficas..

Cuando Alejandro Dumas, hijo, reputado en su época como el primer dramaturgo francés, tocaba al término vital, un grupo de sus amigos literatos se le acercó, a rogarle que sintetizase sus reglas de «factura.» Su respuesta circuló en diarios y revistas parisienses; y a lo que recuerdo, puedo formularla así, acentuando la brevedad original:

«No hay reglas para hacer dramas, como no las hay para hacer hijos. La naturaleza del autor, como la del

padre, se ocupa de ello.... Dadme una «acción» interesante y conmovedora; realzadla con un lenguaje apropiado; preparad bien las situaciones; en suma, atadla y desatadla con «talento»...y tendréis un buen drama »

Lo cual equivale a afirmar que el «talento» aplicado a una «acción» inestéril, es el único licor fecundante para engendrar teatralidades viables.

Los talentos no estasean ciertamente en México, sin que hasta ahora se haya encontrado aquí el secreto de producir para el teatro obras que duren y se extiendan. «Talento cultivado» en tal sentido, debería agregarse en la fórmula dumaica; pero el de los compatriotas no tiene el tiempo indispensable al estudio y a la reflexión. Anda por....no los cerros de Ubeda, sino por las faldas del Ajusco o por las cumbres parnasianas.

(b) *Actores*.—Los raros actores mexicanos capaces de representar una obra literaria, se dedican a lo español o a la versión de lo francés, hasta tal punto que cuando se trata de actuar en lo nacional, se sienten desmañados y no aciertan a dar forma natural artística a nuestra vida ordinaria ni a nuestro lenguaje usual. Renunciar a la pronunciación de la z, les parece dejarse caer en un género inferior, y conglomerados con actores extranjeros en una compañía heterogénea, sin cohesión, sin fé, van al fracaso más o menos declarado de la obra conterranea, aun suponiendo que ésta sea buena.

Estas dos deficiencias traen una tercera: (c) La falta de público. Persuadido de que la pieza mexicana tiene

que ser mala, el respetable no va a ella o va gratis a prestarle un «éxito de complacencia.»

Tal situación no invita a llevar obras mexicanas a nuestras compañías. A nadie le acomoda ir a estrellarse contra una muralla mayor que la de China, construída con bloques de glacial indiferencia.

Generalmente se erigen en jueces de las obras hombres de teatro que no léen o léen a saltos, con un ojo a la taquilla. Si, por acaso, se encuentra algún actor como Galé, que tome interés en lecturas de nacional, se le relega al segundo plano, sin voz en el Cabildo. Surge un empresario nirsuto declarando que sólo admite obras «consagradas por Madrid.» Como salió Gargantúa del vientre materno pidiendo de beber, así sale de su taquilla el desmelenado, pidiendo «subvención» por representar lo mexicano. ¡Oh subvención....! Con ella cada obra nacional es de mérito; sin ella un desperpento....

Por lo expuesto, comprenderáse que el autor del drama Huerta, lo tuviera sepultado bajo su pupitre, con otras piezas teatrales, trabajadas en sus ratos de fatiga profesional, a tiempo que estudiaba o practicaba Medicina en Francia. La Literatura suele ser un reposo cerebral.

Pero he aquí que un activo editor ibero tuvo noticia de mi drama, leído en reunión amigable; y me propuso imprimirlo en su estado de virginidad escénica.

El publicar algo teatral no representado, es un hecho que tiene antecedentes. Baste recordar que muchas comedias de Musset fueron publicadas años antes

de su representación; que Renán tiene dramas no llevados a la escena; y sin embargo muy leídos.

He dejado al editor mi drama.

Por su composición mixta, mejor que drama, debería ser llamado «comedia dramática.» Sólo hay una pequeña dificultad, pues resultaría: «Comedia dramática histórica.» Y en nuestro país lo cómico no es una manifestación histórica; es permanente.

S. Q. Z.

PERSONAJES

HOMBRES

HUERTA (Victoriano).

RAÚL DONARÍS.

DR. URRUTIA.

DR. MISA PENÉQUEZ.

JULIO (hijo de Huerta).

Padre TRIANA.

De la BARRA.

CALERO.

CEPEDA (Enrique.—Ing.).

CARDENAS (Francisco.—Mayor de
Rurales).

MATARRATAS.

GABRIEL HUERTA. (Un Huertita.
—Pariente pobre).

CHICARRO.

Un Cobrador.

Dos Chauffeurs.

Director y Guardián de la Peniten-
ciaria.

Federales.

Esbirros.

Mecapaleros gritones (invisibles).

DON BELISARIO.

MADERO (Francisco I.).

PINO SUÁREZ (José María).

MUJERES

DOÑA PAULA (A. de Huerta).

CLARISA (hija de Huerta).

Hilaria (criada).

Señora DONARÍS.

DOÑA SARA (P. de Madero).

MERCEDES (Madero).

DOÑA MARÍA CÁMARA (de
Pino Suárez).

ACTO PRIMERO

Salón recibidor en casa de Victoriano Huerta. Puerta en el fondo, comunicando con vestíbulo y escalera. A la derecha, ventana con balcón a la calle. A la izquierda, puerta comunicando con la alcoba de Huerta. Moblaje menos que modesto. Mesa-escritorio. Estrado en el primer plano. Sofá y sillón al lado opuesto. En las paredes, imágenes de santos alternan con cromos militares. Cerca de la ventana un gran espejo. Cerca de la puerta del fondo un teléfono. Sobre la mesa del estrado, tres botellas grandes y copas al lado de una «charola.» Encima del escritorio revuelto, copas, cigarros y papeles, entre ellos un plano del Distrito Federal.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PAULA, CLARISA, HILARIA

CLARISA. Llamando hacia fuera en el umbral del fondo, y yendo luego a verse en el espejo. ¡Hilaria!

HILARIA. Entrando por el fondo. ¡Voy, niña, voy!

DOÑA PAULA. Junto a la mesa del estrado, empezando a colocar botellas y copas. Llévate todo esto; no quiero ver copas.

HILARIA. Acabando la colocación y señalando las botellas.

Niña; ¿qué es lo que salió malo para hacerle tanto daño a Don Victoriano? ¿Fué el tequila o el *coñá*?

DOÑA PAULA. Los dos, preguntona....tequila y cognac, a cual peor. ¿Para qué traérselos siempre que los pide? Debiste engañarle.... Que no había.... Que se habían acabado....

HILARIA. Que lo diga la niña Clarisa.... Vinieron cobradores.

CLARISA. Arreglándose el peinado frente al espejo. Sí, mamá; ya sabes que papá cuando le vienen a cobrar, convi-da a copas....

HILARIA. A ellos no les sucedió nada con una sola copita....pero a Don Victoriano, se le subió.... A razón de copa por cobrador. ¡Ay, niña Paulita! Lástima me dan estos apuros de dinero.... Que a Nicolasa, la cocinera, no le alcanzó con tan poquito para el gasto; y quedó debiendo aquí, al lado, lo del rompope.

DOÑA PAULA. Ya se pagará.... Anda, Hilaria. No estamos para historias, sino para llamar al médico. A Clarisa. Pronto, Clarisa, dile al Dr. Urrutia que, por favor, no se tarde.

CLARISA. Cesando de arreglarse el peinado, y dando por la ventana una ojeada a la calle. ¡Voy, mamá! Pero si ya un practicante del Dr. Urrutia respondió que vendría. Va al teléfono. ¡Bueno! Número 30-30 Rojo! Habla luego en voz baja.

DOÑA PAULA. Deteniendo a Hilaria que se va con los licores, y señalando la cajetilla de cigarros. Dejas ahí esos cigarros.... Llévatelos y húndelos donde no los vea.

HILARIA. A mí, también, miedo me dan esos cigarros... Y serían ellos más que el *coñá* y el tequila, los que amolaron

a Don Victoriano....! El otro día tomé uno por no dejar, y le dí una chupadita.... ¡Creo que tienen mariguana!

DOÑA PAULA. Vete, Hilaria, y basta de simplezas....

HILARIA. Bueno, niña Paulita, no se enoje; es un decir.
Sale

ESCENA SEGUNDA

DOÑA PAULA, CLARISA

CLARISA. Dejando el teléfono Mamá, el Dr. Urrutia está en una operación, y en cuanto la acabe, vendrá. Que, entre tanto, ya salió y va a llegar su amigo el Dr. Misa Penéquez, para lo que haya de urgencia.

DOÑA PAULA. Con gesto displicente. ¿Quién es ese Dr. Misa Penéquez?

CLARISA. Aquel medio guapetón, medio santurrón, que ya vino una vez y aplicó una maquinita.

DOÑA PAULA. ¡Hum! El de los toques.... Sólo en Urrutia tiene fe Victoriano.

CLARISA. Dicen que Misa Penéquez gana mucho dinero.

DOÑA PAULA. Con interés. ¿Mucho dinero? ¿Y cómo?

CLARISA. Como alienista.

DOÑA PAULA. Alienista.... ¿Qué es eso?

CLARISA. Médico de locos.... Se mira de paso al espejo y se va al balcón. Voy a ver.

DOÑA PAULA. ¡Ya te vas otra vez al balcón!

CLARISA. Para ver llegar a los doctores, mamá.

DOÑA PAULA. ¡Qué doctores! Lo que quieres es coquetear con el hijo de la Donarís....ese mequetrefe que te ha

de volver los cascós a la jineta.... Todo el barrio sabe ya que te ronda y que platicas con él por las noches.... Es un disparate, porque no sabemos qué clase de pájaro.... ¡Cuánto mejor estaba aquel muchacho, Arturo Castrón, Teniente, hijo de Don Próspero...!

CLARISA. ¡Arturo Castrón! Un coqueto....hinchado de orgullo porque es del Militar de Chapultepec y de familia rica....

DOÑA PAULA. ¡Su padre Don Próspero fué tantos años Director de la Beneficencia!

CLARISA. Arturo Castrón nomás me vino a alborotar unos días, mamá; y ya no me trova... Raúl Donarís está más enamorado de mí.... También es Teniente, aunque de la Escuela de Aspirantes de Tlálpam..... ¿Qué más dá?

DOÑA PAULA. ¡Tonta! ¿Qué más dá....? Todos saben que los de Chapultepec son muy superiores a los de Tlálpam.

CLARISA. Raúl Donarís es muy amigo de mi hermano Julio. Papá lo trata con cariño.... Además, ¿no conoces tú a la señora Donarís?

DOÑA PAULA. Sólo porque te ha dado lecciones de francés. Pero, ¿qué conocemos de su vida y milagros? Que vino de París hace algunos años con su hijo Raúl. ¿Y quién es el padre de Raúl? Nada declara ella.... Ni nos dice si el padre vive o ha muerto.... Todo hace creer que es una aventurera..

CLARISA. Mamá; ya la señora Donarís te dijo que Don Belisario cuenta con muy altas recomendaciones; que hoy mismo un Senador, el Senador Domínguez, vendrá con ella y con Raúl para recomendarlos a tí y a papá.

DOÑA PAULA. Mucho necesitan que los recomienden,

sobre todo el muchacho. Tiene cara de perdidito. Nunca lo he visto en la iglesia más que para «hacerte el oso,» y en las cantinas.... ¡Ah, sí! le gustan demasiado las cantinas.

CLARISA. Como a mi hermano Julio, muy amigo de Raúl.

DOÑA PAULA. ¡Oh!

CLARISA. Y como a mi papá.

DOÑA PAULA. Escandalizada ¡Oh! Se santigua. ¡Clara, Clarisa! ¿Para qué te pusimos este nombre? Eres muy claridosa.

ESCENA TERCERA

Dichos, DOCTOR MISA PENEQUEZ

DR. M. PENEQUEZ. Por el fondo, con afectada gravedad, hace una reverencia.

CLARISA. Mamá, el Dr. Misa Penéquez.

DOÑA PAULA. Nosotros esperábamos al Dr. Urrutia.

DR. M. PENEQUEZ. Meloso Mi compañero Urrutia, ocupado en operar, me suplicó por teléfono que viniera a hacer sus veces en caso urgente.... ¿En qué puedo servirles, mientras él llega?

DOÑA PAULA. Se puso malo Victoriano. Estaba platicando con unos amigos, cuando un soponcio.... Encaminándose hacia la puerta lateral. Lo voy a prevenir. Indica al médico un asiento en el estrado y sale.

ESCENA CUARTA

DR. MISA PENEQUEZ, CLARISA

DR. M. PENEQUEZ. Señorita Clara, no es la primera vez que tengo el placer de quedarme a solas con usted, en esta sala; y la otra vez fué usted la que me ayudó a mi diagnóstico....

CLARISA. Porque le dije que mi papá había «revuelto» tequila con cognac.... Pues hoy también.

DR. M. PENEQUEZ. Y que había fumado de ciertos cigarrillos.

CLARISA. Pues también hoy....

DR. M. PENEQUEZ. Uno de ellos lo hice analizar.... Es usted muy simpática, señorita Clara.... Clarisa.

CLARISA. Muchas gracias, doctor.

DR. M. PENEQUEZ. Pensando que la vería a usted, he dejado otras visitas.

CLARISA. ¿Tiene usted muchas?

DR. M. PENEQUEZ. Algunas.... Una en casa del ministro Rosales; otra en la de Fulton, el del Banco Central; también me esperan....

CLARISA. ¡Jesús! ¿Y en todas ellas hay locos?

DR. M. PENEQUEZ. En todas ellas hay riqueza y alta posición social.

CLARISA. Pues aquí no hay nada. Sólo deudas de papá.... A cada momento cobradores; y es eso lo que le hace beber, fumar....

DR. M. PENEQUEZ. ¡Señorita Clara....!

CLARISA. Corrigiendo. Clarisa, doctor.

DR. M. PENEQUEZ. Clara o Clarisa, los dos nombres le

sientan muy bien. Pero no tiene usted nada que envidiar a las más altas y ricas familias de México. Su papá, el general Victoriano Huerta, sube y sube en la opinión, en la política, en la milicia.

CLARISA. ¡Cómo! ¡Si allí está en cama, tumbado por las copas! Creía yo que estaba bajando....

DR. M. PENEQUEZ. ¡Eso no significa nada! Hábitos de militar avezado..... Pequeñas anormalidades..... Fuera de eso, ya se dibuja como el primer hombre de la República. Lo dice por todos lados la voz de la calle.

CLARISA. ¿Qué dicen? Los periódicos de esta mañana no traían nada....y papá estaba desesperado; que el Presidente Madero quería nulificarlo; que no hay modo de que el Gobierno le dé bastante dinero para calmar a tantos ingleses.

DR. M. PENEQUEZ. El Presidente Madero tiene absoluta necesidad del general Huerta. Comprende que es el único capaz de sostenerlo contra tantos enemigos. Después del levantamiento de Chihuahua y el de Veracruz, se habla de otro que no tarda en efectuarse aquí mismo, en la capital.

CLARISA. ¡Qué bonito! ¡Una revolución en la ciudad!

ESCENA QUINTA

Dichos, Doña PAULA

Doña PAULA. Por la puerta lateral. ¿Qué es eso? ¿Hablando de política....? ¿Revolución?

CLARISA. Sí, mamá, dice el doctor Misa Penéquez que se prepara una aquí dentro, y que mi papá va a ganar.

Doña PAULA. Tu papá lo que necesita es que los seño-

res médicos le receten un buen calmante para que duerma con sosiego. Se despertó agitado y quería salir.

CLARISA. ¿A la cantina del Colón....?

DOÑA PAULA. ¡Qué cantina, Clarisa! A leer esos demonios de periódicos que nomás lo están perturbando. Le hablé por el pasillo a Hilaria para que fuese a comprarle un «extra;» no decía gran cosa el «extra:» que el Presidente Madero piensa hacer una excursión a Cuernavaca, en busca del general Angeles.... Victoriano leyó un momento; luego se ha vuelto a quedar amodorrado; pero vé visiones; habla de subir al Castillo de Chapultepec, y de cuando en cuando dá unos saltos....!

DR. M. PENEQUEZ. Poniéndose en pie y sacando un termómetro y una maquinita eléctrica de bolsillo. Hay que ver primero la temperatura, señora. Trataré de ponerle el termómetro sin despertarle.... Después un toquecito.

DOÑA PAULA. Bueno.... Pase usted, doctor.

DR. M. PENEQUEZ. Salé por la puerta lateral.

ESCENA SEXTA

DOÑA PAULA, CLARISA, luego D. BELISARIO y

la SRA. DONARIS

DOÑA PAULA. Estaba yo dando tiempo a que llegara Urrutia.

CLARISA. Pero si este doctor Penéquez parece muy bueno; que tiene pura clientela rica y de alta posición social.

HILARIA. Por el fondo. Allí está la señora Donarís con un señor.

CLARISA. A Doña Paula. Debe venir con el Senador.

DOÑA PAULA. A Hilaria que sale. Que pasen. A Clarisa. A ver si te estás seria, Clarisa. No vayas saliendo con alguna de las tuyas.

CLARISA. Imposible, mamá; no tengas cuidado.

La Sra. Donaris y Don Belisario entran por el fondo, saludan y toman asiento en el estrado.

SRA. DONARIS. Presentando. Señora y señorita, el Dr. Don Belisario, Senador por Chiapas; señor Doctor, la señora Doña Paula de Huerta, la señorita Clarisa Huerta.

DON BELISARIO. Mucho gusto, señora y señorita; apenas he tratado al Sr. General Huerta. Solamente algunos saludos en fiestas oficiales. Pero no puedo menos de considerarlo como un hombre muy importante por su posición en el ejército.

SRA. DONARIS. ¿Está aquí el señor General, para que Don Belisario le salude?

DOÑA PAULA. Sí está; sólo que una indisposición le obliga por el momento a guardar cama.

DON BELISARIO. No importa eso, señora. Médico soy; los médicos tenemos el privilegio de saludar al enfermo en su cama.

DOÑA PAULA. Un médico está con él en este momento, y esperamos al Dr. Urrutia.

CLARISA. No es gran cosa, señor. Papá no tardará en levantarse; es que revolvió tequila....

DOÑA PAULA. Severa, ¿Clarisa. ¿Qué dices, Clarisa?

CLARISA. Aturdida. No; no fué el tequila ni el cognac.... parece que los cigarros....de no sé qué yerba lo trastornaron....

DOÑA PAULA. Tosiendo y pellizcando disimuladamente a Cla-

risa. Oh! No hay que hacer caso.... ¡Cosas de muchacha!

Momentos de silencio embarazoso.

SRA. DONARIS. En fin.... Recordará usted, Doña Paula, que le expresé mi deseo de presentarle al señor doctor y senador Don Belisario, quien, tanto a mí como a mi hijo Raúl, nos presta su apoyo y recomendaciones.

DOÑA PAULA. Así es, señora Donarís; varias veces me lo ha dicho usted cuando daba lecciones de francés a Clarisa.

DON BELISARIO. A Doña Paula. Señora, en París donde pasé muchos años de mi juventud, estudiando la Medicina, conocí a Mme. Donarís. Tenía la señora una tienda, que le permitía vivir honradamente. Las estrecheces generales del pequeño comercio en Europa, la obligaron a buscar un campo mas favorable en América y eligió nuestra patria. Aquí ha estado trabajando en un gran almacén y puede usted en él informarse de su corrección....

DOÑA PAULA. ¿Y del joven Raúl?

SRA. DONARIS. Mi hijo, señora....

DON BELISARIO. Interrumpiendo. Un deber de conciencia me obliga a prestar mi protección a ese joven. Bajo mis auspicios ha entrado a la Escuela de Aspirantes de Tlálpam, donde espero que el régimen militar le corregirá de algunos defectos....

DOÑA PAULA. Ha dado en llevar con Clarisa unas relaciones de novio bastante alarmantes....

CLARISA. Riendo, sonrojada. ¡Oh, mamá! ¡Es que «alarmantes»....! Si ya he tenido otros y no hubo nada.

DON BELISARIO. Dejaremos ese punto que no me compete.

SRA. DONARIS. Sin embargo, pudiera formalizarse.... Raúl y Clarisa están de buena edad.

DOÑA PAULA. Es cosa que toca a Victoriano. Pero, ¿quién es el padre de Raúl? ¿Vive acaso en Europa?

SRA. DONARIS. Vive....y cuando sea necesario, se dará a conocer.

DOÑA PAULA. ¿El padre es católico, y cumple con la Iglesia?

CLARISA. ¡Es cierto que es muy rico y de alta posición social?

DOÑA PAULA. Severa. ¡Clarisa....!

DON BELISARIO. Con sonrisa indulgente. Me excusarán ustedes de no responder a semejantes preguntas....

HILARIA. Por el fondo, anunciando. El Dr. Don Aureliano Urrutia.

ESCENA SEPTIMA

Dichos, DOCTOR URRUTIA

DR. URRUTIA. Por el fondo, saluda en general. A Doña Paula. Dispénseme, señora; no podía dejar mi operación.... ¿Ya vino el compañero Misa Penéquez?

DOÑA PAULA. Sí, doctor; vino y está dentro con Victoriano.... Ya conoce usted a la señora Donarís.

DR. URRUTIA. Le estrecha la mano. Señora Donarís...

DOÑA PAULA. ¿Y al Sr. Dr. Don Belisario?

DR. URRUTIA. Senador por Chiapas, según he leído.....

DON BELISARIO. No es extraño, señor compañero, que no hayamos tenido ocasión.... ¡Tanto tiempo permanecí en Europa, entregado a la Medicina! A mi regreso, he estado

ejerciéndolo en mi tierra, en Tucumán.... Hasta que, desgraciadamente, la política me sujetó, sin poderlo evitar; y aquí me tiene usted, de recién venido, en el Senado.

DR. URRUTIA. ¿Y qué me cuenta usted? En el Senado debe saberse algo positivo sobre el complot....

DON BELISARIO. ¿Complot? No sé a cuál se refiere usted.

DR. URRUTIA. Al complot contra el gobierno maderista que estallará mañana, domingo nueve de febrero.

CLARISA. ¡Qué bonito, mamá! Un complot que estalla, que estallará!

DOÑA PAULA. Severa. ¡Clarisa....!

DON BELISARIO. Es inútil reprenderla, señora. Por la boca de la señorita Clarisa habla toda nuestra raza tauro-máquica. Pero cuanto más fuerte es el deseo de tumulto en los irreflexivos, tanto más estricto es el deber nuestro.... Al dejar yo, en Chiapas, una situación cómoda, consideré que venía a ejercer cura de almas..... Con el permiso de ustedes, voy inmediatamente a informarme en el Senado para fijar mi conducta. Se despide.

SRA. DONARIS. A Don Belisario. Voy con usted, doctor. Necesito saber lo que va a pasar con Raúl, en caso de pronunciamiento.

DR. URRUTIA. A la señora Donaris. ¿Su hijo de usted está en la Escuela Militar de Tlálpam?

SRA. DONARIS. Sí, doctor; es Teniente.

DR. URRUTIA. Déjelo usted, señora, que reciba su bautismo de fuego.

SRA. DONARIS. ¡Ah, Dios mío!

DON BELISARIO. Cumplirá su deber de soldado.

CLARISA. ¡El bautismo de fuego! ¡Qué hermoso debe ser bautizarse con fuego!

DR. URRUTIA. Pero me olvido del General. ..

DOÑA PAULA. Quizá le convenga no hablarle del pronunciamiento.

DR. URRUTIA. ¡Cómo! Debe saber....

DOÑA PAULA. Está delicado....

DR. URRUTIA. No es nada. Ya le conozco sus accesitos.... Lo voy a levantar. Sale por la puerta lateral.

DON BELISARIO y la SRA. DONARIS. Saludando, salen por el fondo.

CLARISA. Se va al balcón.

DOÑA PAULA. Da unos pasos hacia la puerta lateral para seguir al Dr. Urrutia. Se detiene al aparecer Julio Huerta.

ESCENA OCTAVA

DOÑA PAULA, CLARISA, JULIO HUERTA.

JULIO. Por el fondo, a Doña Paula. Mamá, no te vayas. Aquí viene Raúl Donarís.... Estábamos juntos...

DOÑA PAULA. Estarían en la cantina.

CLARISA. Desde el balcón. Sí; de la piquera de la esquina sale Raúl y viene para acá. Saluda hacia fuera. ¡Está guapo con su uniforme nuevo!

DOÑA PAULA. ¿Y qué tenemos que ver con ese mozalbate....? Mientras su mamá y el Senador Domínguez trataban de recomendarlo, él en la cantina.... A Julio. ¡Y contigo! ¡Vaya un parecito!

JULIO. Mamá, es que lo necesitamos para que se pronuncie.

DOÑA PAULA. ¿Qué sé yo de esas cosas?

CLARISA. Desde el balcón, viendo a lo lejos. Juntos se fueron Don Belisario y la Sra. Donarís, en un coche. Van como para el Zócalo.

JULIO. Yo no sé lo que Raúl te querrá decir.... Ni me meto en nada tocante a las relaciones que lleva con Clarisa. ¡Allá se las entiendan! Lo único que me ha dicho es que espera ascender pronto a Capitán y que desea plantear en serio el noviazgo....

CLARISA. Viniendo del balcón. ¡Al casorio luego, luego! Me dá escalofrío....! Con tal de que haya riqueza y posición social....! Así dice el Dr. Misa Penéquez.

DOÑA PAULA. Pues no tendrías nada con él. Don Belisario no los recomienda más que a medias, a él y a la madre.... En cuanto al padre, queda en el misterio.

CLARISA. Que se hará conocer a debido tiempo, mamá.

DOÑA PAULA. Ha eludido las respuestas el Senador, favorecido por tus indiscreciones.... Lo dicho; debes esperar alguno que te convenga, como Arturo Castrón....

JULIO. Chis, mamá! Aquí viene Raúl.

ESCENA NOVENA

Dichos, RAÚL DONARÍS.

RAÚL. Por el fondo, en traje militar, muy correcto, saluda. A Doña Paula. Dispense usted, señora, que me apresure a venir, cuando acaban de salir mamá y el Senador Domínguez.... Yo espiaba su salida desde la esquina. No quise presentármeles, porque me suponen en la Escuela de Tlálpam; y allá debía yo estar.... Pero ¿qué quieren ustedes....?

Mi impaciencia por saber el resultado de esta entrevista.... Ya le manifesté a Julio....

JULIO. Sí, ya le hablé a mamá.... Pero yo no tengo que mezclarme en asuntos íntimos de mi hermana.

DOÑA PAULA. Ningún resultado ha podido tener la visita de su mamá y Don Belisario.... Este señor no lo recomienda a usted. Reconoce que el ingreso de usted a la Escuela de Aspirantes, se debió a su mal comportamiento.....

RAUL. Con muestras de dolor y despecho. Es decir que este Don Belisario, en vez de favorecerme, vino a perjudicarme.

CLARISA. No exageres, mamá.... Lo que sí es que Don Belisario no quiso responder nada cuando le preguntamos si el papá de Raúl era católico y rico.

DOÑA PAULA. Clarisa.... Esa lengua!

RAUL. Yo la quiero a usted mucho, Clarisa; y por usted me han venido ganas de ser bueno y conducirla al altar.... Usted me ha manifestado que me corresponde; y yo no pregunto si su papá y mamá son ricos.

CLARISA. Pues sí; no lo niego; me gustó usted y le correspondí.... Lo demás toca a mis padres.

DOÑA PAULA. Pero si de usted no se sabe si tiene papá.

RAUL. Confuso y abrumado, inclina la cabeza. ¡Oh, qué malos....!

JULIO. Cerca de la puerta lateral. Lo mejor sería dejar a papá que resolviese.... Ya le oigo hablar y que pide algo.

DOÑA PAULA. Dirigiéndose a la puerta lateral y abriendo. ¡Ya levantado, Victoriano! ¿Qué querías?

ESCENA DECIMA

Dichos, HUERTA, DR. URRUTIA, DR. M. PENEQUEZ

HUERTA. Por la puerta lateral, a medio vestir, sin chaleco ni corbata, seguido de los dos médicos. ¿Qué he de querer? Un trago; hace mucho que no pruebo gota.... Se dirige a la mesa donde estaban botellas y copas. Ya se llevaron las botellas.... ¿Por qué?

CLARISA. Se las llevó Hilaria, papá. Quién sabe dónde las puso.

HUERTA. Que las traigan. También los cigarros.

DOÑA PAULA. Victoriano, deja que se te pase bien el ataque.

HUERTA. ¡Qué ataque! Aparte. No hay más ataque que el de mañana.

DOÑA PAULA. Que digan los doctores. A ellos. ¿Verdad que no es bueno que beba tan pronto, mucho menos que fume?

HUERTA. Imperiosamente, a los médicos ¡Sólo eso faltaba: que ustedes quisieran hacerme ayunar, y en febrero! Todavía falta para la cuaresma.

DR. URRUTIA. Una copita chica, con agua de Seltz.

DR. M. PENEQUEZ. Y medio cigarro....

HUERTA. Usted, compadre Urrutia, me ha dejado como nuevo. Y sin nada de maquinacitos, como el otro. Señala al Dr. M. Penéquez. Una buena sobada de aguardiente, una fricción con guante de crin....y ¡arriba!

CLARISA. ¡Ah qué mi papá, con los «maquinacitos!»
Ríe.

HUERTA. Van a venir algunos amigos; y aunque no acreedores, hay que darles cópas.

DOÑA PAULA. Se traerán; ¡pero estás sin cuello, sin chaleco y tan despeinado! ¿Qué dirán?

CLARISA. Desde en la mañana preguntaron mucho por papá. Les dije que a las doce.... No tardan.

HUERTA. ¿Y Matarratas? ¿Dónde está Matarratas?

JULIO. ¿Ne le ordenaste anoche, papá, que fuera por Tacubaya y Tlálpam....? Se fué temprano a caballo.

HUERTA. ¡Es verdad! ¿Pero y Gabriel? ¿Y Chicarro?

JULIO. Chicarro no ha vuelto de Toluca, donde fué para lo de Blanquet. Gabriel Huerta anda por la ciudad, husmeando el cuartelazo.

HUERTA. ¡Cuartelazo! No me asusten.... Necesito cerca de mí gente que sirva....! Fijándose en Raúl, medio oculto a lado de Julio. Eh! Aquí está el tenientito de Aspirantes, hijo de la Donarís.

RAUL. Poniéndose de pie, y saludando militarmente. Presente, mi General!

HUERTA. Es el «osito» de Clarisa.

CLARISA. ¡Ah qué mi papá! ¡Es que mi «osito»....! Ríe.

JULIO. A Huerta. Algo te quiere decir Raúl, papá....

HUERTA. ¿Algo me quiere decir?

RAUL. A Julio. No; todavía no!

HUERTA. Sonriendo irónicamente, a Raúl. Estos muchachos Aspirantes, serán magníficos....! Aparte. Para carne de cañón.

DOÑA PAULA. A Huerta. Ya te diré algo sobre este muchacho, cuando entres a darte una arreglada.

HUERTA. A Doña Paula. ¿Algo sobre el muchacho

narís? ¡Bueno! A Julio y Clarisa. Vamos, Julio, Clarisa; arréen a Hilaria para que traiga las botellas.

JULIO. Levantándose. Voy, papá.

CLARISA. Levantándose y deteniendo a Julio. Espera, Julio. A Huerta. Será necesario que Hilaria vaya a la cantina de junto por un sifón de gaseosa. Al Dr. Urrutia. ¿No es verdad, doctor, que debe beber con agua de Seltz?

DR. URRUTIA. Asiente con una inclinación.

CLARISA. A mí también me gusta el tequila con gaseosa...y sólo dan el sifón dejando dos pesos en prenda, porque se les debe el rompope... A Huerta. Dame dos pesos, papá; ya se nos acabó el gasto... A Doña Paula. ¿Verdad, mamá, que faltó lo del rompope?

DOÑA PAULA. Severa. ¡Clarisa!

HUERTA. No importa. Que no traigan gaseosa.....o que vayan por ella a la cantina del Colón y se la pidan al amigo Don Faustino Vega.

CLARISA. Está lejos el café Colón.

DR. URRUTIA. Sacando dos pesos y ofreciéndolos a Clarisa. Aquí están dos pesos, señorita Clarisa. Ya me los pagará mi compadre Victoriano.

HUERTA. ¡Cómo, compadre Aureliano; no se moleste!

CLARISA. Rehusando. No, doctor, no.... En fin, como usted es tan amigo de casa! Toma los dos pesos. Papá ha recibido muchas cantidades de Madero; pero se le han ido en fincas....y los ingleses que no lo dejan!

HUERTA. A Doña Paula. No sé si habra tiempo de pasar a la Pagaduría para que me anticipen la decena..... Y mañana, domingo nueve....¡la que se armará!

CLARISA. Después de echar una mirada a Raúl, otra al Dr. M.

Penéquez, luego al espejo, se dirige hacia el fondo. Voy a arreglar con Hilaria las copas y el sifón.

DOÑA PAULA. Se sienta en el sofá de la derecha y lee un libro.

DR. URRUTIA. A Huerta. ¿Qué número de tropas hay en el Distrito, compadre Huerta?

HUERTA. Tres mil y tres mil, igual sesenta mil hombres....! Así se suma en Palacio. Toma de sobre la mesa—escritorio el plano plegado del Distrito Federal, lo extiende y se sienta frente a él, lápiz en mano. Aquí está el plano del Distrito.

DR. URRUTIA. A Huerta. Usted cuenta con lo más granado.

HUERTA. ¿Lo más granado? ¡Hum!

DR. M. PENEQUEZ. Cuenta usted con todos los invictos federales de Rellano y de Bachimba.

HUERTA. Es lo que cantan algunos poetas giieros. ¿Es usted poeta giiero, señor médico?

DR. URRUTIA. El Dr. Penéquez es una eminencia en Psiquiatría.

HUERTA. *Psiquiatría* ¿es algo como poesía....? Dejemos la poesía y vamos a la prosa.... Desde luego, no cuento con los ochocientos hombres de Zapadores ni con los seiscientos de San Ildefonso. Marca dos puntos en el plano. Son los cuarteles más próximos a Palacio. Y entre nosotros, no se puede dominar a la Nación sin ganar Palacio.

CLARISA. Entra callandito por el fondo. Se mira al espejo. Pasa cerca de Raúl y lo alienta con una mirada. Otra mirada al Dr. M. Penéquez. Va hacia Doña Paula. Acaba de llegar Hilaria con el sifón. Milagro si papá no reclama las copas.

DOÑA PAULA. Alzando la vista del libro abierto. ¡Mejor! ¡Ojalá y siguiera entretenido con el plano y los cuarteles!

CLARISA. ¿Y tú, leyendo vidas de santos?

DOÑA PAULA. Una muy bonita: la de San Simón. Debieras oírla....

CLARISA. Se retira y se acerca a Raúl, que la reclama con miradas lánguidas.

JULIO. Habrá bien cinco mil hombres en los otros cuarteles de la ciudad.

DR. URRUTIA. ¿Cinco mil hombres nomás? Dicen los periódicos maderistas que hay doce mil en la plaza.

HUERTA. Se echan muchos miles en los papeles y se guardan algunos cientos de «juanes» bajo un tompeate. Sigue marcando.

RAÚL. A Clarisa. Está usted muy cruel conmigo; quiero hablarle a usted por la ventana de abajo....

CLARISA. ¿La del cuarto bajo, de Nicolasa? ¿Y para qué, si puede usted hablarme aquí?

RAÚL. No es lo mismo..... Tengo mucho que decirle. Siguen hablando en voz baja.

HUERTA. Marcando un punto en el plano. En Teresitas, el 7º Regimiento, algo mermado; aquí en el cuartel de Santiago, el 9º de Caballería. No háy que contar con ellos..... Luego la artillería.... Acá en San Cosme el 3º con cuatrocientos artilleros; en San Lázaro quinientos, con ocho bocas de fuego.

JULIO. Allí cuentas enteramente con el jefe, papá: el General Rubio Navarrete.

DR. URRUTIA. El mejor artillero!

HUERTA. ¿Qué he de contar? Anda diciendo que el triunfo de Bachimba se debió sólo a él....! Pero, a ver las copas! ¿Qué sucede con las copas? Esforzando la voz. ¡Hilaria!

CLARISA. Ya viene, papá; está arreglando la charola.

ESCENA UNDECIMA

Dichos, HILARIA, un COBRADOR

HILARIA. Por el fondo, con servicio de licores compuesto de tres botellas, sifón, un frasco y copas. ¡Aquí estoy, señor! Co-
loca el servicio. Me entretuve con el dependiente del casero.
Tuve que atravesármelo en el pasillo; si no, se venía para
acá.... Conseguí que se fuera.... También un señor....

HUERTA. No es día ni hora de pagos. ¡Que se vayan!

CLARISA. Sí, papá; ese dependiente ha dado en venir;
que hay tres recibos atrasados.

DOÑA PAULA. Interrumpiendo la lectura, con severidad, a Cla-
-risa. ¡Clarisa!

HUERTA. Haciendo a un lado el plano y colocando en su lugar
el servicio de licores. ¡Que se vayan....! Ahora sí podremos
charlar y recibir a esos señores. Sirve copas. Al Dr. Urrutia.
Vamos. ¡Una copita, compadre! ¿De qué se la sirvo? ¿Cog-
nac Martel o Nacional....? Tequilas: Viuda de Martínez y
Providencia....

DR. URRUTIA. Levantándose. Yo me serviré, compa-
dre

CLARISA. Acercándose a la mesa e indicando el frasquito.
Aquí hay jarabe.

DR. URRUTIA. Al Dr. M. Penéquez. Compañero Penéquez:
vamos a combinar una mixtura.

DR. M. PENEQUEZ. Levantándose, a Clarisa. Señorita Cla-
-risa, ¿nos va usted a acompañar?

CLARISA. Tomaré nomás una chica de Providencia con
Seltz.

DOÑA PAULA. Interrumpiendo su lectura. ¡Cuidado, Clarisa!

JULIO Y RAUL. Se acercan a la mesa y participan en las libaciones.

HILARIA. Señor General....

HUERTA. Echando un trago, a Hilaria. ¿Y tú, Hilaria, qué esperas? ¿También quieres copa?

HILARIA. No, señor: yo sólo mi pulquito.... Sino que quería decirle: allí está un señor....

HUERTA. Ya empiezan a llegar.... ¡Que pase!

CLARISA. Copa en mano. Todavía falta para las doce, papá.

HUERTA. Alguno que se anticipa.... A Hilaria. Que pase.

HILARIA. Sale por el fondo.

DR. URRUTIA. A Doña Paula que prosigue su lectura, sentada. Comadre, sólo usted no viene a brindar por el complot que estallará mañana.

DOÑA PAULA. ¿Qué sé yo de complots ni de brindis? Más me gustan estas «Vidas de Santos» que me prestó el Padre Triana. Estoy leyendo una de un santo tan bueno...!

HUERTA. ¿Qué santo es ese?

DOÑA PAULA. San Simón Estilita.

HUERTA. ¿San Simón Tequilita?

Risa general.

DOÑA PAULA. Hace signos de protesta.

DR. M. PENEQUEZ. Separándose del lado de Clarisa a quien corteja, se dirige a Doña Paula. Yo estoy de su parte, Doña Paulita... Una de estas tardes vendré únicamente para que me lea usted vidas de santos.... ¡Es tan hermosa la santidad!

COBRADOR. Por el fondo. Señor General de División, Victoriano Huerta.

HUERTA. A Julio. ¿Quién es éste? No parece político, ni amigo, ni nada.

JULIO. Al cobrador. ¿Qué desea usted?

COBRADOR. Sacando un papel del bolsillo. Señor General, esta cuenta, ya viejecita, se la han traído otros cobradores.

HUERTA. Disgustado. ¡Esta tonta de Hilaria! A ver, ¿de qué es?

COBRADOR. De su sastre, señor....

HUERTA. ¿Mi sastre? No tengo sastre. Yo me visto de aquí y de allá, a como cae.... Echa una ojeada a la cuenta. Por una levita..... La levita de los días terribles..... Muy mal hecha, y ya vieja!

DR. URRUTIA. Sacando su cartera de billetes. Compadre, ¿quiere usted que salde la cuenta?

HUERTA. Esa sí que no.... Y por hoy, ya estoy cansado de acreedores. A éste ni siquiera lo invito a copas. Al cobrador. No es día de pago. Enojado, tomando al cobrador por un brazo y haciéndole girar. Dentro de un mes, dentro de dos.... ¡Media vuelta! ¡Marche! Magnífico para soldado.... Cuando vuelva otra vez por aquí, lo paso a filas.

COBRADOR. Sale.

CLARISA. ¡Esta Hilaria! Ya le había yo dicho....

HUERTA. A Clarisa. Que venga Hilaria. También ustedes no la aleccionan!

CLARISA. Llamando ¡Hilaria!

HILARIA. Por el fondo. ¡Niña!

HUERTA. Mira, Hilaria; si me vuelves a dejar pasar por esa puerta un cobrador, vas a amanecer en la Comisaría.

HILARIA. ¿Cómo voy a conocer? ¡Vienen tantos cobradores todo el día!

HUERTA. Llama de mi parte al gendarme de la esquina para que te ayude.... Se oye ruido de espuelas en el vestíbulo. Eh! ¿Quién viene allí? ¿Un cobrador con espuelas?

ESCENA DUODECIMA

Dichos, MATARRATAS

MATARRATAS. En traje de montar, con espuelas, deteniéndose en el umbral del fondo y saludando militarmente. Buenos días y a la orden, mi General.

CLARISA. ¡Matarratas!

JULIO. ¡Matarratas!

HILARIA. Jesús! ¡El señor Matarratas! ¿Si vendrá para llevarme a la Comisaría?

HUERTA. Moviéndose aparte, hacia el primer plano. A los doctores. Con el permiso de ustedes, un momento. A Hilaria. No te vayas, Hilaria! Espera aquí.... Hace un signo de llamada a Matarratas, que lo sigue al primer plano. ¿Qué hubo?

MATARRATAS. Pues que en Tacubaya están dispuestos a madrugar el golpe para mañana.... Estánⁿlistos los Generales Mondragón y Gregorio Ruiz con el 1º de Caballería del Cuartel de San Diego y el 1º de Artillería. También aquí en México el 2º de Artillería en el Cuartel «Libertad».... Pero quieren contar con un movimiento convergente de Tlálpam; y en Tlálpam, los de la Escuela de Aspirantes....

HUERTA. ¿Qué sucede con los Aspirantes? ¿Entran?

MATARRATAS. Unos «alzan pelo» y otros se están «rajando.» La verdad es que «quien con muchachos se acuesta»....

HUERTA. Pues necesitamos de los muchachos.... Está bien....! Ya veremos.... Por ahora, te vas a plantar en la puerta de la casa. Avanza con Matarratas hacia Hilaria, que espera amedrentada cerca de la puerta del fondo.

HILARIA. Próxima al lloro. ¿Me lleva a la Comisaría el señor Matarratas?

HUERTA. No seas guaje, Hilaria! El señor Matarratas te va a ayudar, en vez del gendarme, para no dejar subir mulas. El estará en el zaguán; tú en lo alto de la escalera. El se encargará de decirte los nombres, tú de venir a anunciarlos. A Matarratas. Ya sabes, Matarratas. Pura gente decente; ningún cobrador.... ¿Entendido?

MATARRATAS. Saludando militarmente. Entiendo, mi General.

HILARIA. Gozosa de escapar a la Comisaría. Entiendo, mi General!

MATARRATAS e HILARIA. Salen.

ESCENA DECIMA TERCERA

Dichos, menos HILARIA y MATARRATAS.

CLARISA. Durante el final de la escena duodécima y en ésta mariposea de Raúl al Dr. M. Penéquez.

DOÑA PAULA. Suspendiendo la lectura, a Huerta. Anda, Victoriano. Te vas a dar primero una arregladita....chaleco, cuello, corbata.... ¿Qué dirán esos señores si así te encuentran?

DR. URRUTIA. A Huerta. Sí, compadre; váyase a dar una mano de gato. Aquí lo esperamos. Voy entretanto a

discutir con el compañero Penéquez un caso de Medicina mental.

DOÑA PAULA. Con misterio, a Huerta. Te voy a contar lo de Don Belisario y este muchacho Raúl Donarís.

HUERTA. Cediendo a Doña Paula que lo empuja suavemente hacia la puerta lateral. ¿Este señor médico, (Señalando al Dr. M. Penéquez.) se ocupa de locos....? Pues ya debe tener inmensa clientela en esta bendita tierra. Sale con Doña Paula por la puerta lateral.

RAUL. Sentado junto a Julio en el sofá de la derecha. A Julio. ¡Si yo no la quisiera! ¡Pero la quiero tanto!

DR. URRUTIA. Sentado junto al Dr. M. Penéquez en el sofá del estrado. Ya sea que el complot se logre o que fracase, el compadre Huerta subirá.

DR. M. PENEQUEZ. ¡Sí que subirá!

DR. URRUTIA. Todos los políticos de México le caben en una muela.

DR. M. PENEQUEZ. ¡Sí que le caben!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del Acto primero.

ESCENA PRIMERA

HUERTA, DR. URRUTIA, DR. MISA PENEQUEZ, JULIO,

RAUL, DOÑA PAULA, CLARISA

HUERTA. Tomando una copa llena. Conque, ¡a la salud de San Simón Tequilita! Bebe. Risas.

DOÑA PAULA. Interrumpiendo la lectura, escandalizada. No «Tequilita,» Victoriano; «Estilita.»

HUERTA. ¿Y qué hizo ese santo?

DOÑA PAULA. No comía más que una vez por semana.

HUERTA. Que nos hubiera dejado el secreto para rebajar el gasto....

DOÑA PAULA. Y en lo de beber, no bebía más que agua.

HUERTA. ¡Infeliz! Bebe.

DOÑA PAULA. Ni agua, ni nada absolutamente, en toda la Cuaresma.

HUERTA. ¡Eso sí que no! Sin comer, pase; pero sin beber, ¿cómo pudo?

DR. M. PENEQUEZ. Moviéndose, halagador, hacia Doña Paula.

Doña Paulita; yo sí creo en el milagro.... ¡Qué vida de santo!

DOÑA PAULA. Desacatos, Victoriano. Te voy a acusar con el padre Triana. Sigue leyendo.

HUERTA. A los circunstantes. Un gachupín de aliento, ese padre Triana.... Me gusta porque no les teme a las copas.... Y entrador al combate.... No se parece a los Aspirantes de Tlálpam....

RAÚL. Interrumpiendo su conversación en voz baja con Clarisa. ¡Cómo, mi General....! ¿Denigra usted a mi clase?

HUERTA. Su clase se denigra sola, amiguito.... Ustedes deberían prestar su sangre nueva para inyectarla en la guarnición federal envejecida.... Al Dr. M. Penéquez. ¿Cómo se llaman esas inyecciones, doctor de los locos y las maquinitas?

DR. URRUTIA. Es el ilustre compañero Misa Penéquez, compadre.

DR. M. PENEQUEZ. Transfusiones....inyecciones opoterápicas.... Como usted quiera, General.... Pero entonces, ¿la guarnición federal?

HUERTA. La guarnición no es ni carne ni pescado. A Raúl, llevándolo aparte. Venga, amiguito. A Clarisa. Voy a «confesar» a tu «osito.»

CLARISA. ¡Ah qué mi papá....! Que va a «confesar» a mi «osito».... Ríe. Habla primero en voz baja con Julio. Luego se va a situar entre los doctores Urrutia y M. Penéquez. Bebe y charla con ellos en voz baja.

JULIO. Toma el plano del Distrito Federal, lo extiende sobre la mesa, hace marcas con lápiz y traguítea.

HUERTA. A Raúl, en diálogo aparte. Ya me contó Paula lo de la visita de su mamá y el Senador Don Belisario....

¿Qué parentesco tiene usted con ese Senador?

RAUL. Ninguno.... Mamá me ha dicho que le llame padrino.... Yo no le llamo más que Don Belisario.... Que nos protegió en París; que aquí nos sigue protegiendo y recomendando....

HUERTA. ¡Bonita protección! ¡Y bonitas recomendaciones! Le mete a usted al servicio militar en una Escuela muy postergada por el Presidente Madero, quien ha dado todas sus preferencias a la de Chapultepec.

RAUL. Ciertamente, General. Es lo que dicen en la Escuela y lo que los tiene descontentos.

HUERTA. ¡Y qué modo de recomendarlo a usted! Lo que quiere es quitarle el crédito. Ha dicho de usted cosas....

RAUL. ¿Qué cosas....? Algo me dijo Doña Paula.

HUERTA. Se callaría lo peor, porque Paula es muy prudente.... Pero la verdad es que si me atuviera a lo que de usted dice Don Belisario, me consideraría obligado no sólo a cerrarle la puerta de mi casa, sino a impedirle toda clase de relaciones con Clarisa.

RAUL. Sería cruel.... ¡La quiero tanto!

HUERTA. Ya sabe, amiguito.... Es lo que debe usted a ese loco de Don Belisario.

RAUL. ¿Loco Don Belisario, General? Es la primera vez....

HUERTA. Tan loco como el Presidente «porrista» Francisco Madero. Muy amigos los dos.... Dios los cría....

DONA PAULA. Alzando la vista de su libro abierto. A Huerta. ¿Qué le dices al joven Donarís de Madero y Don Belisario?

HUERTA. Que son un tronco de mulas.... ¿Y a tí, qué más te ha dicho de San Simón, el librito?

DONA PAULA. Que no probaba gota, y para mejor ayu-

nar'se fué el Santo a vivir durante veintiseis años en lo alto de una columna.

HUERTA. ¿Una columna? Ya caigo.... Columna hueca y en su interior, tamañas barricas....! Así yo también....

Risas.

DR. M. PENEQUEZ. Separándose de Clarisa a quien corteja, se dirige a Doña Paula. Ya sabe que yo estoy de su parte, Doña Paulita.... ¡Qué vida la de ese santo....!

DOÑA PAULA. Heregías, Victoriano! Ya te las arreglarás con el padre Triana.

HILARIA. Por el fondo, anunciando. ¡El padre Triana!

CLARISA. Hablando del ruín de Roma....

HUERTA. Que pase el padre Triana.... ¡Van ustedes a ver qué padre tan bragado!

HILARIA. Sale.

ESCENA QUINTA

DICHOS, PADRE TRIANA.

PADRE TRIANA. En traje negro civil, alza-cuello, corona imperceptible, pronunciación española, ligeramente mexicanizada, se detiene un instante en el umbral del fondo. La paz sea con vosotros.

HUERTA. Adelantándose a saludarle en tono confidencial. ¿La paz, padre, en vísperas de romper el fuego?

PADRE TRIANA. Avanzando lentamente, y en el mismo tono confidencial, a Huerta. La paz armada, mi General. Al Dr. Urrutia, que le sale luego al encuentro, saludándole. Felices, doctor Urrutia. Siguiendo hacia el estrado, a Doña Paula. Dios sea con usted, señora. ¿Lee usted con gusto las «Vidas?»

DOÑA PAULA. Dejando el libro sobre la mesa y besando la mano del padre Triana. Sí, padre; muy bonita vida la de San Simón Estilita.... No quiere creer Victoriano en aquel ayunar de veintiseis años sobre una columna.

HUERTA. Sí creo; a condición de la columna hueca.

PADRE TRIANA. Saludando a los demás y volviéndose hacia Huerta, con aire severo. Hay que creer, General. Era en el siglo Vº de la Era Cristiana. Entonces el ascetismo adquirió su más hermoso florecimiento.

CLARISA. Acabando de besar la mano del padre, al mismo. Dice papá que el Santo tenía barricas de cognac escondidas en la columna.

Risas.

PADRE TRIANA. En grave distracción, fingiendo no oír. No sólo San Simón; a su ejemplo hubo muchos estilistas....

HUERTA. Sirviendo una copa y ofreciéndola al padre. Vamos; padre Triana; una copita.

PADRE TRIANA. En su afectada distracción, tomando la copa. Muchos estilistas.... Cada cual ayunando sobre su columna. Bebe. ¡Oh! ¡El cristianismo primitivo....! Al Dr. Urrutia. Doctor, ¿cuándo le bendigo su capilla?

DR. URRUTIA. ¿La iglesia de mi Sanatorio....? Doña Paula decidirá; ella va a ser la madrina.

DOÑA PAULA. Cerrando el libro y poniéndose en pie. No más que pasen estas cosas.... ¿Cómo amadrinar una bendición, en medio del zafarrancho que se prepara?

PADRE TRIANA. Tiene razón Doña Paula.... ¡Es grave la situación política....!

DOÑA PAULA. Viendo a Huerta continuar en sus libaciones y ofrecimientos, en los cuales está comprendida Clarisa. ¿Y la situación de esta casa, padre....? Necesita usted bendecirla

primero que la capilla.... A Huerta. ¡Victoriano, te va a hacer daño!

CLARISA. Proyectando un chorro de sifón en la copa de Huerta. Aquí estoy, mamá, para cuidarlo.

HUERTA. No hay cuidado, Paula; es pura limoná....

DOÑA PAULA. Zafarrancho afuera y zafarrancho aquí dentro.... No puedo con estas cosas.... Saluda en general. Dispensen.... A ver lo que pasa en la cocina con Nicola-sa.... ¡Es terrible! Sale por el fondo.

PADRE TRIANA. Tiene mucha razón Doña Paula.... Es terrible lo que pasa.... ¡Ver venir la matanza entre hermanos! A impedirla nos llamaría el deber evangélico....si no fuera por la impiedad que reina.... ¡Este señor Madero ha desencadenado la impiedad!

DR. M. PENEQUEZ. Y la ha vestido de mujer. Es la oradora Zárraga.

PADRE TRIANA. Al Dr. M. Penéquez. Muy bien, señor....

DR. URRUTIA. Presentando especialmente. Dr. Misa Penéquez, alienista; es amigo y correligionario.... Muy de los nuestros. El padre Triana y el Dr. M. Penéquez, se saludan con sendas reverencias.

PADRE TRIANA. Desgraciadamente ha venido aquí, procedente de mi España, esa célebre heresiarca.

HUERTA. Botella en mano, al P. Triana. Ya la enviaremos a que hable y ayune sobre la columna de la Independencia. (Risas) Llenando la copa del padre. Vamos; una copita.... Aislándose con él. Conque sí, padre Triana, siempre mañana revienta el cohete?

PADRE TRIANA. Después de un trago. ¡Oh! Ni me hable usted de eso, General.... ¡Una matanza entre herma-

nos....! Siguen hablando bajo.

RAUL. Aislado con Clarisa. Me atormenta usted.... Le está correspondiendo a ese doctor Penéquez.

CLARISA. Visiones de usted....! Ni siquiera se me ha declarado ese señor.

RAUL. Le voy a reclamar al mediquín.... Tiene un tipo de hipocritón que me choca.

CLARISA. No quiero que le reclame. ¡Nomás esa faltaba!

RAUL. Pues, para desenojarme, ¿me hablará usted por la ventana?

CLARISA. ¡Y dale con la ventana. ...! Mamá me regañaría; y papá....

HUERTA. Sin separarse del P. Triana, a Raúl y Clarisa. Vengan ustedes por aquí; venga el parecito. Raúl y Clarisa se acercan. Oye, Clarisa; dice el padre Triana que tienes un novio muy correlón.

RAUL. Entre regocijado por lo de «novio» y ofendido por lo demás. ¡Correlón....! ¿Por qué, padre?

PADRE TRIANA. No he dicho eso precisamente....sino que parece que usted no hace valer su energía entre sus compañeros de Escuela....

CLARISA. A Raúl. A mí no me gustan los collones. Dicen que los oficiales de Chapultepec tienen más alma.... Por eso me simpatiza el Teniente Arturo Castrón.

HUERTA. A Clarisa. Muy bien! Así, Clarisa. Al padre Triana. Túpale, padre! Se dirige a la mesa, renueva su copa y la de los doctores. Conversa con ellos en voz baja

RAUL. Al P. Triana. Si muchos aspirantes, y yo entre ellos, nos rehusamos a entrar en el complot, es por guardar la disciplina.

PADRE TRIANA. Líbreme Dios de querer relajarla....!

La disciplina es santa.... Pero se trata sólo de organizar una manifestación de fuerza contra la impiedad reinante.... En caso necesario, allí están las alturas de nuestra santa Catedral para dominar al impío Palacio.... Se les facilitará el acceso...

CLARISA. A Raúl. Ande, pronúnciese, Raúl, para que gane mi papá. Abran el fuego desde Catedral.... ¡A ver si salen ustedes más templados que los de Chapultepec!

JULIO. A Raúl. Qué sucede, Raúl, ¿te decides al golpe?

CLARISA. A Raúl. Decídase, y entonces....

RAÚL. Perplejo, a Clarisa. ¿Entonces qué, Clarisa?

CLARISA. Ya le diré....

JULIO. A Raúl. Dije mi papá que vengas con él a tomar otra copa. Brazo a brazo, lo lleva a unirse con el grupo de Huerta y los doctores. Continúan las libaciones.

CLARISA. Al P. Triana. Padre Triana, me pide Raúl que le hable por la ventana de abajo, la del cuarto de Nicolsa. ¿Qué, no será pecado?

PADRE TRIANA. ¡Pecado! Va a sentarse aparte con Clarisa y le habla misteriosamente en voz baja.

HILARIA. Anunciando. El Mayor de Rurales Francisco Cárdenas!

ESCENA SEXTA

Dichos, FRANCISCO CARDENAS

CARDENAS. En traje de Mayor de Rurales, con el sombrero ancho en la mano, a Huerta, saludando militarmente. Mi General....!

HUERTA. Hola, Pancho! Cae usté a copas.... ¿De qué

se la sirven? Anda, Clarisa, sírvele al Mayor una de su tierra.... Jalisco, que nunca pierde.

CLARISA. Sirviendo una copa de tequila y mirando atentamente a Cárdenas. ¿El señor es rural?

DR. URRUTIA. A Clarisa. ¡Cómo, señorita Clarisa! ¿No conocía usted al Mayor Cárdenas, el que mató al célebre bandido Santanón?

CLARISA. Ofreciendo la copa a Cárdenas y viéndole con admiración. ¡Oh! ¡El que mató a Santanón!

CARDENAS. Tomando la copa; con modestia. Favor que ustedes me hacen. Choca su copa con las de Huerta, Dr. Urrutia, P. Triana y Julio, que se mueven hacia él. Todos beben.

DR. URRUTIA. A Cárdenas. ¿Qué nos anuncia usted para mañana?

CARDENAS. ¿Para mañana...? Precavido, interroga con la mirada a Huerta.

HUERTA. Con signos de embriaguez creciente. Los médicos no saben confesar.... Usté, padre Triana, confíeselo.... Yo aquí, de ladito, con la oreja al confesonario.

PADRE TRIANA. Diga usted, Mayor Cárdenas, ¿qué participación tomarán los rurales en el movimiento?

CARDENAS. Están muy desparramados los cuerpos rurales; y ya no se prestan para unirse en columna cerrada, como en tiempos de Don Porfirio. Esto lo sabe bien mi General Huerta....

HUERTA. Como que en vez de escuadrón, componen una mala ensalada de Noche Buena.... A la mera hora, verdes, azules, pintos y colorados, no sabrán ni de qué lado tirar la reata.

CARDENAS. Los cuerpos de reciente creación, fronterizos, muy maderistas, hacen rancho aparte contra los federales.

HUERTA. Los pondremos de carnaza.... Los de este grupo se retiran hacia el fondo, hablando en voz baja. Raúl y Clarisa, que conversaban en el fondo, avanzan.

CLARISA. Dirigiendo de lejos una mirada admirativa a Cárdenas. Luego, a Raúl. ¿Por qué no es usted como el Mayor Cárdenas?

RAUL. Celoso. ¿Qué tiene de más....?

CLARISA. Mató a Santanón, y se va a pronunciar....

¡Ese sí es templado!

DR. M. PENEQUEZ. De la mesa, cerca de la cual quedó aislado, preparando una bebida, se dirige, copa en mano, hacia la joven pareja. A Clarisa. Señorita Clarisa, he preparado para usted este julepe especial.... Seltz, jarabe, una gota de cognac y unas de mis pastillas de goma, perfumadas.

CLARISA. Tomando la copa. Oh! doctor Misa Penéquez! ¡Qué galante! Gracias!

RAUL. Excitado. Oiga usted, señor Penéquez; la señorita Clarisa es mi novia, y extraño que, estando ella conmigo, venga usted a cortejarla.

CLARISA. A Raúl. Raúl! ¿Pero qué es eso? ¡Porque me ofrece un julepe!

DR. M. PENEQUEZ. A Raúl. ¿Usted, novio de la señorita? ¡Yo no sabía....! Necesita usted repartir tarjetas....

RAUL. Enojado. ¡Tarjetas....! Le tiraré la mía a la cara, señor Misa Penéquez; y lo espero donde quiera, con testigos y dos sables de caballería.

DR. M. PENEQUEZ. Esquivándose. Pero si yo no me meto con ustedes.... ¡No me meto!

HILARIA. Anunciando. El señor Ingeniero Enrique Cepeda.

ESCENA SEPTIMA

Dichos, CEPEDA

CEPEDA. Entrando apresuradamente, estrecha algunas manos con agitación.

HUERTA. Cepedita, ¿por qué tan agitado?

CEPEDA. Mi General! Yo me lo figuraba a usted entre cañones y ametralladoras.

HUERTA. ¿Tan fea está la cosa?

CEPEDA. ¿No sabe, General....? Van a salir de prisión los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Los artilleros de «La Libertad,» los Guardias de Santiago, de la Penitenciaría y de Palacio, están en el complot.

HUERTA. Yo no sé nada. ¿Lo saben ustedes, Mayor Cárdenas, compadre Urrutia? Guñando el ojo a ambos. No saben nada ni Pancho Cárdenas, ni el doctor Urrutia. ¿Lo sabe usted, padre Triana? Da un tirón de solapa al P. Triana. No sabe nada el P. Triana. ¿Y usted, doctor Misa Penéquez?

DR. M. PENEQUEZ. No sé de qué se trata, General.

HUERTA. A Cepeda. Ve usted, Cepedita....! Ni el Dr. Penéquez, el de los locos y las maquinitas, sabe nada de la bronca que se nos está preparando en Santiago, la Penitenciaría y Palacio....

CEPEDA. Los de Toluca al mando de Blanquet y los de Tacubaya al de Mondragón, están listos.... Sólo falta enrolar a los Aspirantes de Tlálpam, mañositos.... Se resisten a tomar varas.... Los quieren para avanzada....

HUERTA. Señalando a Raúl que permanece al lado de Clarisa. Allí está un Aspirante de Tlálpam. ¡Tampoco sabe nada!

CLARISA. A Huerta. Que sí, papá; que se va a pronun-

ciar y hará por comprometer a toda la Escuela.

RAUL. Con algo de turbación, a Huerta, saludando militarmente. A la orden, mi General.

HUERTA. ¡Sólo Clarisa sabe algo....! Sirve una copa y la ofrece a Cepeda. Una de tequila de la viuda, ingeniero sin ingenio.

CEPEDA. Con la vista hacia Raúl y Clarisa. Aparte. ¡Hola! El Aspirante avanza con Clarisa.... ¡Y yo que estaba tanteando el terreno! Bebe.

HUERTA. ¿A qué sabe, Cepedita?

CEPEDA. ¡Bueno!

HUERTA. Vamos! También la viuda Martínez, de Tequila, *sabe a algo!*

RAUL. A Clarisa. ¿Conque, por la ventana?

CLARISA. Sí; ya se lo dije, y lo sostengo. Si se pronuncia hoy, a la noche siguiente, por la ventana de abajo.

HILARIA. Anunciando. El señor Senador, Licenciado Manuel Calero.

ESCENA OCTAVA

Dichos; el Senador CALERO

CALERO. Entra haciendo un movimiento de balanceo, mientras saluda. A Huerta. Esto se balancea, General.... El made-rismo naufraga.

HUERTA. Pero usted firme, mi Senador.

CALERO. ¿Saltamos sobre la borda?

HUERTA. ¡Qué había usted de saltar, si es usted una ro-a! Firme, brindando por Limantour; firme, «renunciando» a Don Porfirio.

CALERO. Juntos los dos elevamos a Madero. Usted su Bonaparte; yo su Taillierand.

HUERTA. ¡Qué Bonaparte, ni qué Taillierand....! Un par de sinvergüenzas.

Risas.

CALERO. La vergüenza es una majadería en política.... Se trata de comer, comer gente.... ¿Qué diría usted de un ajedrecista que, por vergüenza, no comiera piezas?

HUERTA. Bueno! Una copa para este licenciado! Una de Martel. Sirve una copa y la ofrece a Calero.

CALERO. Tomando la copa, A Huerta. Ha llegado su hora, General Huerta.

HUERTA. ¿Mi hora de qué?

CALERO. De ser o no ser.... Madero es un inepto; el General Reyes un caduco; Félix Díaz un fantoche.... Usted queda de solo y único.

VOCES APROBATIVAS. «El solo y único!»

HILARIA. Anunciando. El Senador Don Francisco de la Barra.

VOCES. El blanco! El Presidente blanco! El Ex-blanco! ¡El Ex-chileno!

ESCENA NOVENA

Dichos; De la BARRA

DE LA BARRA. Bigote blanco, chaleco blanco, guantes blancos, corbata blanca, polainas blancas. Saluda primero a Huerta y al P. Triana. Luego, sorprendido desagradablemente de ver a Calero, finge alegría. A Calero. ¡Aquí, compañero! ¡Cuánto celebró! Mútuos saludos afectuosos.

CALERO. ¡Ilustre y gran colega! Heme aquí dispuesto a chocar mi copa con la de usted, en honor de nuestro primer guerrero, el General Huerta.

HUERTA. A De la Barra. ¿De qué se la sirvo, señor De la Barra? Ya sabe usted que yo en casa como en campaña.... Tequila y cognac. Tomando la botella de cognac. ¿Un Martelito?

DE LA BARRA. Gracias, General. No bebo licores. Rara vez un Chartreuse o un Marie Brizard.

HUERTA. Tapando la botella, sin servir. ¿Copas de señoritas? Aquí, ni mi hija Clarisa....

CLARISA. Cortando su conversación secreta con Raúl. Yo, papá, cuando toca ayuno, por consejo de mi confesor el padre Triana, suelo tomar una de la cartuja o una de benedictina.

Risas.

PADRE TRIANA. ¡Oh santo candor!

DE LA BARRA. A Huerta. General Huerta, en esta crítica situación y en vísperas de un conflicto, todas las miradas se dirigen a usted y a la Embajada Americana.

DR. M. PENEQUEZ. Ciertó! Al General Huerta y al Embajador Lane Wilson.... Son los dos árbitros.

DR. URRUTIA. Está indicado unirlos. ¿Quién será el dichoso?

PADRE TRIANA. Sólo la Iglesia puede unirlos.

DE LA BARRA. Bien dicho, padre!

HUERTA. Libando. Yo no sirvo para novio, mucho menos para novia.

Risas.

DE LA BARRA. Durante mi Presidencia interinaria, tuve de un lado al diplomático Wilson, del otro al soldado

Huerta. Pude apreciarlos.

CALERO. ¿Es decir que les dá usted el papel de los adláteres de Cristo?

HUERTA. Incomodado. El ladrón estaría en medio.... Yo quería batir con balas a los alzados de Morelos y el señor Presidente «blanco» los atacaba con pesos. Cerca de quinientos mil pesos en obsequiarlos, y ya se volvieron a alzar.

DE LA BARRA. Colega Calero; no hay que hacer degenerar las cuestiones.... Se trata de aproximar a dos hombres de quienes depende la salvación de la patria.

CALERO. Oh! Durante mi permanencia como Embajador en Washington, aprendí el modo de atraernos el apoyo yan-ki.

DE LA BARRA. Sin embargo, dijo usted en nuestro Senado que «le pesaba la casaca de Embajador.»

CALERO. Como a usted le pesa la «blancura presidencial.»

DE LA BARRA. El epíteto de «blanco» enaltece.

CALERO. Con ironía. Se lo ha dado el pueblo....

DE LA BARRA. Es mejor que el epíteto de «maromero»....sin que yo quiera decir que usted lo merezca, colega Calero. Lo que usted merece.... Se detiene irresoluto.

CEPEDA. A Huerta. Estos senadores se pican.

HUERTA. A Cepeda. Como dos gallinas que son....!
A De la Barra. No se arredre, mi blanquito. Sosténgase en la línea de fuego.

DE LA BARRA. El colega Calero no ha actuado más que en Washington. En las cortes europeas reinan más finuras. Aprendemos diplomacia con las duquesas. Yo soy europeo, por hábitos.

CARDENAS. Yo creía que el señor De la Barra venía de Chile.

CALERO. Chileno de abolengo; y sin embargo Presidente.... Merecía volver lo que se llevó. Disipó ocho millones en granjerías y gastos de mala ley. Sesenta mil pesos para sí mismo, en la Embajada especial a Italia.... Otras chucherías.... Su casa, de la calle de Hamburgo, levantada con material de Obras Públicas, rentada luego, carita, al Tesoro, para escuela. Su automóvil; vendido a precio loco al Ministerio de Relaciones.... Volverlo, volverlo todo....! Es lo que usted merecía, señor ex-Presidente patriota!

HUERTA. Vamos, señores senadores; no están ustedes en el Senado.... Paz y concordia. Brindando. Una copa!

DR. URRUTIA. A De la Barra y Calero. Hay que sacrificar pequeñas diferencias en favor del éxito.

HILARIA. Anunciando. El señor Senador Don Belisario.

HUERTA. Ese loco!

RAUL. Ese viejo!

ESCENA DECIMA

Dichos; DON BELISARIO

DON BELISARIO. Saluda rápidamente a los circunstantes que encuentra al paso, y dirigiéndose a Huerta. Señor General Huerta, tengo noticias ciertas de que se está organizando un cuartelazo.

HUERTA. ¡Cuartelazo!

DE LA BARRA. Acercándose a Huerta ¡Cuartelazo!

CALERO. Acercándose a Huerta y De la Barra. ¡Cuartelazo!

No es un término parlamentario....

DE LA BARRA. Ni diplomático.

DON BELISARIO. Pueden ustedes dar otro nombre al motín militar. Lo que me importa es el hecho. He ido a ponerlo en conocimiento del señor Presidente Madero. Desgraciadamente, nuestro Presidente es demasiado bueno. No ha experimentado la maldad de los hombres. Confía en las masas; se cree muy fuerte con su popularidad y desprecia al motín militar. Cuando le expuse la necesidad de guarnecer la Ciudadela con tropa suficiente, no ha prestado atención. Se lo impide la divagación a que le someten muchos consejeros, ineptos unos, interesados otros en perderlo.

HUERTA. La Ciudadela esta guarnecida. Defensores bien armados....

DON BELISARIO. Unos cuarenta gendarmes y veinte operarios... ¿A eso llama usted guarnición?

HUERTA. Enfrente está el cuartel de Supremos Poderes.... Sea lo que fuere, ¿qué quiere usted, señor Don Belisario?

DON BELISARIO. Que usted se mueva, para evitar que ese Fuerte y la gran cantidad de parque y armas en él depositada, caigan en poder de los amotinados.

HUERTA. Eso compete al Comandante de la plaza. Yo no soy el Comandante....

DON BELISARIO. Usted es el Jefe militar más caracterizado; y como a tal, yo, senador, le doy el aviso y lo llamo al deber....

HUERTA. Señalando a De la Barra y Calero. Aquí están dos senadores; y ninguno de ellos me ha hablado en semejante sentido.

DON BELISARIO. Los senadores De la Barra y Calero no

podrán menos de apoyar mi demanda.

CALERO. El compañero De la Barra y yo somos abogados.

DE LA BARRA. Conocemos las leyes y los usos legales.

CALERO. Ni leyes ni usos nos autorizan a ingerirnos en asuntos de técnica militar.

VOCES. Bien dicho! Bien expresado!

DON BELISARIO. Entonces, es ésta una reunión ¿de qué género....? Paseando su mirada por el concurso. Aparte. Políticos, un jefe rural no maderista, el esbirro Cepeda.... Descubriendo a Raúl. Aparte. ¡Y Raúl aquí!

HUERTA. Una reunión para tomar copas. A Clarisa que se acerca con su copa vacía. Clarisa, sírvele una a este señor Don Belisario.... ¿Verdad que estamos aquí para tomar copas?

CLARISA. Sirviendo. Estamos para preparar el complot que estallará...

HUERTA. ¡Ea, chiquilla; desbarrás!

CLARISA. Así dijo el doctor Urrutia, papá.... Y que si el complot estalla, tú vas a ganar.... Es lo que me aseguró el doctor Misa Penéquez.

HUERTA. Ese doctor Misa Penéquez sabrá de curar locos; pero no de complots.... Anda, Clarisa; dale su copa a Don Belisario.

DON BELISARIO. Rehusando. Yo no bebo; gracias.... Aparte. Aquí conspiran.... ¡También Raúl....! A Huerta. General Huerta, ya que no quiere usted hacer nada para resguardar la Ciudadela, ¿querrá usted, al menos, ordenar a ese militar (Señalando a Raúl.) que vaya inmediatamente a presentarse para la defensa?

HUERTA. ¿Al Teniente Raúl Donarís? ¿Y por qué....?

Lo he invitado a almorzar en mi casa.... ¿Verdad, Raúl?

DON BELISARIO. Mirando fijamente a Raúl. ¿Qué dices? En este momento, el puesto de un militar está en la Comandancia.

RAÚL. A Don Belisario. Yo estoy a las órdenes de mi General Huerta.

HUERTA. A Don Belisario. Está usted destornillado, mi senador por Chiapas. Si sigue divagando, tendremos que entregarlo al alienista Penéquez.

Riña general.

DON BELISARIO. Indignado, a Huerta. ¡Insultos de borracho....!

CEPEDA. A Huerta. ¿Lo amarro, General?

CARDENAS. Sacando la pistola. ¿Un tiritito, General?

PADRE TRIANA. Paz, señores, paz!

HILARIA. Anunciando. Doña Sara Pérez de Madero!

VOCES. ¡Doña Sara Madero....! ¡La Presidenta!

ESCENA UNDECIMA

Dichos; DOÑA SARA

DOÑA SARA. Por el fondo, alzándose el velo negro que la cubre, reconoce a Don Belisario y le saluda con simpatía. ¡Don Belisario aquí!

DON BELISARIO. Le vuelve el saludo, con silencioso respeto.

DOÑA SARA. Desolada, a Huerta. He venido sin que lo sepa mi marido. No es él, no es el Presidente de la República quien solicita de usted el favor que vengo a expresarle. Hablo yo, la fiel compañera; hablan también, por mi boca, la madre y la hermana de Francisco Madero.

HUERTA. Después de beber un trago. ¿Qué quiere usted, señora?

DOÑA SARA. Nuestras almas de mujeres, extrañas al cálculo, no hacen más que ver y sentir. Vemos que los per-versos ciegan a Francisco; sentimos que se urde en torno suyo una conspiración para perderlo.... Usted, General, puede salvarlo con su influencia y su prestigio en el ejército.... Señor General Huerta, yo recurro a su lealtad de soldado....

HUERTA. Después de beber, con voz de ébrio. Mi le-al-tad de sol-da-do.... ¿Qué es eso?

DON BELISARIO. A Doña Sara, en voz alta. Lealtad, señora; no la hay en esta casa. Ha venido usted a buscarla en mal sitio.... En vano es que su marido, el Presidente Madero, haya colmado de recompensas y distinciones a este General Huerta.

HUERTA. ¿Qué recompensas?

DON BELISARIO. Todo el dinero y seguros de vida que pidió usted para salir al simulacro guerrero de Bachimba.

HUERTA. ¡Todavía tengo acreedores! ¿Y la espada de honor que Madero me prometió?

DON BELISARIO. Se la están guardando para cuando usted rinda pruebas de honor,...

VOCES. Cállese loco!

DON BELISARIO. Señora, aquí se conspira. Señalando al P. Triana. Conspira ese clérigo intrigante; (A Cárdenas y Cepeda.) Conspiran esos dos esbirros; (Al Dr. Urrutia y al Dr. M. Penéquez.) conspiran ese par de médicos negociantes; (A De la Barra y Calero.) esos senadores histriones; (A Huerta.) ese General ébrio. Todo es aquí doblez y traición. A Raúl.

Tú, Raúl, sal de esta casa.

RAUL. Rehusándose, sin decisión. ¡Yo, no....! ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

DON BELISARIO. Tomando a Raúl por un brazo y llevándolo consigo. Tengo mucho que ver! Vas a ocupar tu puesto de honor, el que yo te indique, en la lucha. A Doña Sara. Vámonos, señora!

DON BELISARIO, DOÑA SARA Y RAUL. Salen por el fondo.

DE LA BARRA. ¿Cómo lo dejan ir?

PADRE TRIANA. No lo dejen ir.... Nos va a denunciar.

DR. URRUTIA. Asegúrenlo....!

DR. M. PENEQUEZ. No le creerá nadie.... Lo haré pasar por demente.

CALERO. Balanceándose. Yo, por sí o por nó, me voy a acoger a la Legación Inglesa.

CEPEDA. A Huerta. Mi General, ¿quiere usted que lo aprehenda?

CARDENAS. Mostrando el revólver. ¿Lo despacho, mi General?

HUERTA. Arrastrando la lengua. Ya me la pa-ga-rá....¡ A Cárdenas y a Cepeda. ¡Síganlo! Quítenle a Raúl y llévenselo a Tlálpam.

CARDENAS Y CEPEDA. Salen de prisa, por el fondo.

TELON

ACTO TERCERO

El mismo local de los actos precedentes, en la casa de Victoriano Huerta. Cierta aspecto de aliño, en contraste con la negligencia de dichos actos. Los asientos raídos están cubiertos de vistosos guardapolvos. Otros detalles, (cortinas nuevas, varios artículos de ornamentación), indican que la familia Huerta ha ascendido súbitamente a una posición holgada. La acción se desarrolla el día 21 de febrero, (mismo mes y año de los dos primeros actos). Ha pasado la sublevación de los Generales Bernardo Reyes, Félix Díaz, Mondragón, etc. Ha pasado la «decena trágica.» Gustavo Madero, hermano de Francisco I., ha muerto asesinado en la Ciudadela, en la alborada del 19. Huerta, ha sido nombrado Presidente de la República por una Cámara aterrorizada. Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, ex-Presidente y ex-Vicepresidente, obligados a «renunciar» sus elevados cargos, están presos en la Intendencia del Palacio Nacional, y esperan la mortal decisión.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PAULA, HILARIA

HILARIA. Cierra la vidriera del balcón, y con un plumerito, da la última mano al aseo matutino.

DOÑA PAULA. Entrando por la puerta lateral. ¿Por qué cierras la vidriera del balcón, Hilaria? Déjala abierta.... ¡Ha estado ésto tanto tiempo cerrado a piedra y cal durante la «decena trágica»!

HILARIA. Hay gente en la calle que se detiene a mirar el balcón, niña Paula. Como a usted no le gusta que curioséen....

DOÑA PAULA. Acercándose a la vidriera. ¿Qué clase de gente? Viendo a través. ¡Vaya unos bobos!

HILARIA. Querrán ver a Don Victoriano.

DOÑA PAULA. ¿No le vieron salir en automóvil?

HILARIA. Esperan que vuelva.... Como el General ha subido a Presidente de la República....

DOÑA PAULA. Desde antier noche, el 19.... Ya tengo dos noches de Presidenta.

ESCENA SEGUNDA

Dichos; CLARISA

CLARISA. Por el fondo, sorprendiendo la última frase de Doña Paula. Y yo, de Presidentita.

HILARIA. Hoy apareció por primera vez Don Victoriano en «El Imparcial,» retratado de Presidente. Por eso tanto bobo....

CLARISA. Tomando un periódico de sobre la mesa. A Doña Paula. Sí, mamá.... ¿No has visto «El Imparcial»?

DOÑA PAULA. Sí, ya; nomás ví el grabado.

CLARISA. Deleitándose. Mi papá, con su banda, sentado en el sillón, como en un trono; a su derecha, el señor De la Barra, siempre muy blanco, bigote blanco, corbata blanca,

chaleco blanco....

DOÑA PAULA. Como San Luis Gonzaga. La blancura personificada....

CLARISA. ¡Lástima que le resalte una berruga oscura en la nariz!

HILARIA. ¿Quién piensa en blancuras, niña Paula, con estas cosas tan negras, tan encarnadas?.... El General Reyes y otros, hechos picadillo; tantos cadáveres de inocentes chamuscados en montón. Como cuatrocientos rurales made-ristas amasados con sus caballos!

CLARISA. Estalló el complot. Yo no creía que fuera tan fuerte el estallido. ¡Cómo tronaba el fierro!

HILARIA. A mí las ametralladoras me descomponían. Aquel «taca-taca» se me retacaba en el estómago como toma de Sedlitz.... Y usted, niña Clarisa, ¿qué sentiría con su Don Raúl en lo más tupido?

CLARISA. El primer día, sí.... Cuando supe que siempre se había pronunciado con los de Tlálpam, y me contaron que era de los fusilados en Palacio....me trastorné. Después, con sus noticias: que se había escapado; que se replegó con los Aspirantes a lo alto de la Catedral, e hicieron fuego desde las torres, como lo ofreció el padre Triana....se me pasó el susto.

DOÑA PAULA. En la noche le fuiste a hablar por la ventana de abajo, la del cuarto de Nicolasa.... Ella misma me lo dijo; y que no la dejabas dormir!.... ¡Qué locura!

CLARISA. Se lo había prometido a Raúl, si se pronunciaba....y el padre Triana me dijo que no era pecado.

DOÑA PAULA. Pues mira; aunque se haya pronunciado, no me gustan esas relaciones.

CLARISA. Para pronunciarse tuvo que pelear con Don

Belisario.... Cardenas y Cepeda le ayudaron. Lo hicieron subir en un automóvil, mientras el viejo se descuidaba por acompañar a Doña Sara Madero. Se lo llevaron a Tlalpam, donde pudo armar la pronuncia ... Desde allí se vinieron, unos en eléctricos repletos, otros a caballo.... Raúl traía a un cadete en ancas.

HILARIA. Entonces deben ustedes estarle agradecidas a Don Raulito, porque su pronuncia les ha venido a dar la Presidencia.

CLARISA. ¿Qué sabes tú, Hilaria....? El pronunciamiento no fué por mi papá, sino por Don Bernardo Reyes y Don Félix Díaz.... Después papá barajó la cosa.... El 19 mataron a Gustavó Madero.

HILARIA. El señor «Ojo Parado».... ¡Qué horror! Empezaron por sacarle el otro ojo, el no parado!

DOÑA PAULA. ¡Jesús! No hablen de eso!

CLARISA. Ese mismo día quedaron presos en Palacio el Presidente Francisco Madero y el Vice Pino Suárez.

HILARIA. Todavía están allí presos, los pobres!... Que con centinelas de vista.... Que ya renunciaron: y subió Don Victoriano.... Todo esto no hubiera venido sin el pronunciamiento de Don Raulito.... Lo dicho, dicho: a él le deben ustedes la Presidencia.

CLARISA. ¡Ja, ja, ja! ¡Sí que estoy agradecida!

DOÑA PAULA. ¡Esta habladora de Hilaria!

HILARIA. ¿A cuándo la boda, niña Clarisa....? Ya la casa está preparándose, como para el casorio de la Presidentita.... Estas cortinas nuevas.... Estos macasares.... Mientras llega la hora de irnos a Chapultepec.

DOÑA PAULA. ¡Qué cotorra....! Cállate, Hilaria!

HILARIA. Escuchando hacia fuera. Alguien viene! Voy a ver....

DOÑA PAULA. Dí que el General....el señor Presidente, salió desde temprano, no se sabe a dónde.... Si es visita para mí, pide el nombre.

HILARIA. Asiente y sale un momento por el fondo.

DOÑA PAULA. A Clarisa. Sí, Clarisa; no me gustan tus relaciones con Raúl. Ya te diré....

CLARISA. Pero, mamá; yo no puedo quitarle lo enamorado, y mi papá lo apoya....

HILARIA. Anunciando. El Teniente Arturo Castrón.

CLARISA. Con grata sorpresa. ¡Oh! ¡Arturo Castrón!

DOÑA PAULA. Es amigo. Que pase.

HILARIA. Sale.

ESCENA TERCERA

DOÑA PAULA, CLARISA, ARTURO CASTRON

ARTURO. Con uniforme de Teniente, elegantísimo, y trayendo en la mano un ramillete. Doña Paula... Señorita Clarisa!... Mútuos saludos afables. Se sientan. Dispénsenme ustedes esta visita tan temprana. Es la única hora que me deja libre el servicio; y he querido emplearla en felicitar a ustedes por la elevación de mi General Huerta a la Presidencia de la República.

DOÑA PAULA. Mil gracias, Arturo.

ARTURO. A Doña Paula. Y con el permiso de usted, señora; no me ha sido posible desaprovechar esta oportunidad de traer a la señorita Clarisa estas pobres flores, testimo-

nio del afecto profundo que ya anteriormente le he manifestado. Da el ramillete a Clarisa.

CLARISA. Tomando el obsequio. Mil gracias, Arturo.... Yo creía que me había usted olvidado.

ARTURO. Ya que es necesario, hablaré; y dispensen ustedes que lo haga con toda franqueza....

DOÑA PAULA. Hable usted, hable....

CLARISA. ¿A ver, qué....?

ARTURO. Es que a poco de haber dirigido a usted, señorita, mis primeras manifestaciones de simpatía, encontré que el campo no estaba libre. Había rival, y rival preferido....

DOÑA PAULA. ¿Lo dice usted por?....

CLARISA. Por Raúl Donarís lo dice....

ARTURO. Precisamente.... Y ustedes comprenderán que, en mi posición de Teniente de la Escuela Militar, me era duro dejarme posponer a un Teniente de la Escuela de Aspirantes.... Prescindiendo del grado, la clase difiere.... Nosotros, los de Chapultepec, somos técnicos, profesionistas.

CLARISA. Confusa. Pues yo no digo nada.... Tú, ¿qué dices, mamá?

DOÑA PAULA. Digo que yo nunca he aprobado tus relaciones con Donarís. Además, esas relaciones no han tenido importancia.

CLARISA. Ciertó! Poca importancia.

ARTURO. Mucho me agrada.... Y desearía saber si me será permitido insistir....

DOÑA PAULA. Para unas relaciones serias; tendría usted que dirigirse a Victoriano. Nada se hace sin autoridad del jefe de la familia.

ARTURO. Tiene usted razón, señora.

DOÑA PAULA. Por mi parte, sólo le digo que, conociendo, como conozco a su papá Don Próspero, Director de la Beneficencia en tiempo de Don Porfirio, está usted bien recomendado en esta casa.... Cuanto a lo de hablar del asunto a Victoriano, los momentos no se prestan....

ARTURO. No se prestan, indudablemente. Se trata de vida o muerte entre civiles y militares. O los civiles nos matan o nosotros matamos a los civiles.... Los de Chapultepec no nos hemos pronunciado como los Aspirantes de Tlálpam.... Eso fué un disloque.... Pero hoy que se inaugura un Gobierno militar, estamos a su lado.

DOÑA PAULA. Yo creo que también va de por medio la Religión. Un Gobierno que tenía por predicadora a la señora Zárraga, sostenida por Doña Sara Madero y otras de talón colorado....no era posible.

CLARISA. La Zárraga y Doña Sara «de talón colorado».... ¡Ah, qué mamá....! Todas ellas no piensan hoy en más fiesta que en salvar al «chaparro.»

DOÑA PAULA. Francisco Madero; y no «el chaparro,» Clarisa.

CLARISA. Pues que él y Pino Suárez, encapillados en Palacio, traen vueltas locas a esas señoras. Que debieron salir anoche para Veracruz.... Que siempre no.... Que si los meten a un manicomio.... Que si los matan, que si no....

ARTURO. Todo eso se dice, en efecto, señorita; y nada se sabe. Viendo su reloj. Con el permiso de ustedes; son más de las diez, y tengo que presentarme urgentemente en la Comandancia. Estoy citado con los compañeros por el General Blanquet para la presentación al Ministro de la Guerra, General Mondragón. Favor de expresar mis felicita-

ciones y respetos a mi General Huerta.... Espero hablarle a la primera oportunidad; y si a ustedes les fuere grato que venga yo con frecuencia....

DOÑA PAULA. Venga usted sin escrúpulo.

CLARISA. Tendré mucho gusto.

Saludos.

ARTURO. Sale.

ESCENA CUARTA

DOÑA PAULA, CLARISA

CLARISA. Este novio me cae desprevenida, mamá.... ¿Y cómo voy a hacer?

DOÑA PAULA. ¿Cómo vas a hacer?

CLARISA. Sí, mamá; ¿qué hacer con dos novios?.... Yo no puedo calabacear a Raúl tan así, así, después de sus sacrificios, como él dice.

DOÑA PAULA. Será preciso que pienses en que esto no es cosa de diversión, sino de porvenir. ¿Y no te has fijado en lo que va del uno al otro? Este Castrón es muy correcto.... ¡Qué distinción, y cómo ha sabido presentarse y saltar por sobre el obstáculo de su alejamiento! Mal trecho queda tu Donarís, a peco de compararlos.

CLARISA. Es algo tieso; Raúl tiene más pasión.

DOÑA PAULA. Este Arturo tiene.... (Describe con índice y pulgar el signo indicativo de pesos.)

CLARISA. ¡Quién sabe! A lo mejor su papá, Don Próspero, resulta fofo.... Que sus bienes, mal habidos en la Beneficencia, pertenecen a los mendigos del Distrito.... Y ahora que subimos a la Presidencia, ¿no es natural que se me

inclinen otros «de más riqueza y mas alta posición social,» como dice el doctor Misa Penéquez....? Allí está otro, mamá....Misa Penéquez.... Dicen que tiene.... (Hace, con índice y pulgar, el mismo signo.) Lo mismo Cepeda, que también me trova.... La verdad es que debería yo guardarlos a todos en conserva hasta la hora de la hora....

DOÑA PAULA. Chis! Alguien viene.

HILARIA. Anunciando. La señora Donarís.

ESCENA QUINTA

Dichas y SEÑORA DONARÍS.

SRA. DONARÍS. Saludando y tomando asiento. Imposible venir por aquí desde nuestra entrevista del día ocho. ¡Cómo atravesar esa Avenida del Balderas, donde llovía el plomo! Daba horror después de aquella carga de rurales ametrallados.... La mañana del 9 me puse como loca al saber ~~la~~ calaverada de los Aspirantes, y tentada estuve de correr por entre las balas del Zócalo a las alturas de Catedral para llamar a Raúl.... Después él mismo fué a contármelo todo.... Que lo obligaron; que si se pronuncié, no fué por Don Bernardo Reyes ni por Félix Díaz, sino por servir a los fines de Huerta....quiero decir, del General Victoriano Huerta, hoy Presidente de la República.... La felicito a usted, Doña Paula; mis felicitaciones, señorita Clarisa.

DOÑA PAULA. Con frialdad. Gracias, señora Donarís....

CLARISA. *Merci, Madame.*

SRA. DONARÍS. A Clarisa. *Très bien, Mademoiselle.*
A Doña Paula. Veo que Clarisa no olvida su francés. .. Mucho le convendría que reanudáramos mis lecciones. En su

nueva posición necesitaría ella mucho del francés para salir airoso de algunas ceremonias.... Es el idioma de la Diplomacia.... Tambiénd el del amor.... Mi hijo Raúl, que nació en Francia y habla el francés como el español, será mi mejor colaborador para perfeccionarla.

CLARISA. Con desdén. Puede ser....

DOÑA PAULA. Siento mucho decirle, señora Donarís, que esas relaciones de Clarisa con su hijo de usted, no han pasado de ser una muchachada....

SRA. DONARIS. Una «muchachada» tan grave para mi hijo que, por sostenerla, ha comprometido su honor de soldado y su vida.

DOÑA PAULA. Yo no entiendo de esas cuestiones de política.... Sólo me ocupo de mi familia....

SRA. DONARIS. Indignada. Y se ocupa tanto, señora, que no ha chistado usted para impedir que todos los de su familia, marido, hijo e hija, empujaron a Raúl a sublevarse.... Indicando a Clarisa. Mire usted a Clarisa.... Confiesa su parte poniéndose colorada.

CLARISA. Prorrumpiendo en risa nerviosa. Por no reírme... ¡Cómo había yo de empujar a Raúl....!

SRA. DONARIS. Si hay alguien que pueda sentir más indignación que yo por la conducta de ustedes, es el Senador Don Belisario. El vió a dos esbirros apoderarse de Raúl.... Otros dos le impidieron esa misma noche, a Don Belisario, trasladarse a Tlálpam.... Acabemos! He venido aquí figurándome tratar con una familia honrada.... En descargo de su conciencia, ¿no tienen ustedes algo bueno que decirme?.... Raúl ama entrañablemente a Clarisa. Volviéndose a Clarisa. Se ha sacrificado por usted!

CLARISA. ¿Y yo, qué he de decir? Que diga mamá....

DOÑA PAULA. La mano de Clarisa ha sido ya solicitada por un joven de alta posición, cuyo padre conocemos.... Y probablemente....

SRA. DONARIS. Levantándose airada. ¡Basta! Aparte. No creía encontrarme con tanta infamia.... Se dirige a la puerta del fondo.

DOÑA PAULA. En fin, pudiera ser que Victoriano.... Háblele usted a mi marido.... Usted es extranjera.... En México, las señoras decentes....

SRA. DONARIS. ¿Son todas como usted....? ¡No las calumnie, señora!

DOÑA PAULA. Se atienen a lo que dice su marido....

SRA. DONARIS. Desde el umbral. Sí; le hablaré al señor Huerta.... Quiero remover la cloaca hasta el fondo.

Sale.

ESCENA SEXTA

DOÑA PAULA, CLARISA

DOÑA PAULA. Severamente. ¿Ves, Clarisa, en la que me has metido con tu Raúl?

CLARISA. Al cabo se pronunció.... Ahora, ¡que se despronuncie! Nosotros ya ganamos.

DOÑA PAULA. Y tú hablas como si yo hubiera tenido ingerencia en estas maquinaciones.... Toda mi culpa ha consistido en no obligarte a romper inmediatamente con ese mozalbete.... Ahora, urge desagraviar a Dios, a la Virgen.... (Ruido de pasos.) Eh! ¿Quién viene?

HILARIA. Anunciando. El padre Triana.

DOÑA PAULA. Alabado sea Dios! El lo envía.

ESCENA SEPTIMA

DOÑA PAULA, CLARISA, PADRE TRIANA.

P. TRIANA. Mis parabienes, señora y niña. Les da su mano a besar. No os podéis quejar de la Divina Providencia. Héos aquí encumbradas, con nuestro invencible General, a las excelsitudes del Estado.

DOÑA PAULA. Mucho necesitamos de su apoyo, padre. Acaba de visitarnos la señora Donarís. ¡Nos ha dicho unas cosas!

P. TRIANA. La madre de ese pobre chico.... El Aspirante que se pronunció. ¿Tiene dinero esa señora?

DOÑA PAULA. Cá! Si vive de modista....

CLARISA. Da lecciones de francés por diez pesos mensuales.

DOÑA PAULA. Y algo que le pasa Don Belisario.

P. TRIANA. Esos Donarís carecen de principios. Con- vendría cambiar el doncel por uno de más peso.

DOÑA PAULA. Ya casi está cambiado.... Pero me recuerda.... Poco faltó para que fusilaran a Raúl.

P. TRIANA. Eso se quita con buenas obras delante del Señor.

DOÑA PAULA. Entrará Clarisa a ejercicios.

CLARISA. ¡Cuando apenas comienzo a gozar de la Presidencia! Déjame respirar, mamá.... Lo que haré, será darle diez centavos al mendigo de a la vuelta.

P. TRIANA. Tenemos una bendición pendiente.... Será Clarisa la segunda madrina.

DOÑA PAULA. La bendición de la capilla en el Sanatorio del Dr. Urrutia. ¡De veras, padre Triana!

Se oye por la derecha ruido de automóvil que llega. Resuena del mismo lado gritería confusa: ...

CLARISA. Corriendo al balcón y abriendo la vidriera. Debe ser papá que llega. Al abrirse la vidriera, se oyen, claros, gritos de «¡Viva Huerta!»

P. TRIANA. ¡Una ovación al General triunfante!

CLARISA. Asomada al balcón. Ya baja papá del auto. También Cepeda, muy elegante, hecho todo un Gobernador del Distrito.... Luego otros; no se les ve, medio ocultos con sus sombreros anchos y bufandas.... ¡Qué gran automóvil....! De la Presidencia; adornado con gallardetes tricolores.

DOÑA PAULA. A Clarisa. Vente, Clarisa: cierra el balcón, que hay mucha bulla.

ESCENA OCTAVA

DICHOS; HUERTA, CEPEDA, CARDENAS, MATARRATAS,
GABRIEL HUERTA, CHICARRO

Los cuatro últimos traen al cuello bufandas o pañolones, que les sirven ocasionalmente de antifaces.

HUERTA. En traje sencillísimo, vestón gris, fieltro aplastado, saluda al P. Triana en el umbral del fondo, le habla en voz baja y se aparta con él, hacia el primer plano. Elevando la voz. Oiga, padre; cuando un gobernante ejecuta a un prisionero por demasiado estorboso, ¿cómo se dice en términos técnicos?

P. TRIANA. Eso se llama «la razón de Estado.»

HUERTA. Eso! ¡La Razón de Estado! Yo necesito de terminajos como ese. A este pueblo se le hace tragar todo, mediante balazos y términos técnicos.... Es lo que iba pen-

sando en mi excursión a la calle de Lecumberri. A Doña Paula. Estoy de prisa, Paula; tengo que estar en Palacio, antes de las doce, para la Junta con los Ministros.... ¿Mi levita....? La necesito también para la fiesta de esta tarde en la Embajada Americana.

DOÑA PAULA. Confidencialmente. No hay más que la vieja, recién planchada.... La nueva no podrá acabarse sino el miércoles.

HUERTA. ¡Cómo!.... Pensativo. ¿Qué dirá el Embajador Lane Wilson....? Me urge estar con él muy correcto.... Un momento, Paula; no sería malo prevenirme para la Junta con un telefonazo al «blanco.» Telefoneando. Comunicarme pronto con el señor De la Barra.... Presidente Huerta. ¿Y yo....? Bueno, Don Francisco León.... A la noche, a eso de las doce será el golpe.... Penitenciaría.... No hay cuidado; no tenga miedo.... Salgo luego para Palacio.... Junta de Ministros.... Allí detalles.... Deja el teléfono. Al P. Triana que se acerca. El «blanco» De la Barra acepta el golpe; pero con trapos calientes.

P. TRIANA. Formas, Don Victoriano!

HUERTA. Dice el blanco que «si el pueblo se empeña en lincharlos, se les linche;» pero de modo que pueda hacer una declaración diplomática satisfactoria.... Está de acuerdo en que se finja una tentativa de salvamento por los partidarios del «chaparro.» Preocupado. A todo esto, ¿me reconocerá el Gobierno yanki? ¡Allí el busilis!.... Madero y Pinó escabechados.... ¿saltará Taft?.... ¿Chillará Woodrow Wilson?....

P. TRIANA. ¡Cuenta usted con el Wilson de aquí.... Wilson Lane!

HUERTA. Sí: parece que apoya; pero algo estirado, co-

mo si esperara de allá, de la Casa Blanca, un jalón de cuerda.... Dice Calero que lo mande a él mismo de Enviado Extraordinario a Washington; y me lo arreglará, a pesar del muertazo....

P. TRIANA. Presidente! Inescrutables son las altas finalidades de la Providencia. Si el señor De la Barra y el Lic. Calero, profundamente versados en la política americana....

Gritería bajo el balcón. Resuenan los nombres «Madero» y «Pino Suárez.»

HUERTA. Eh! ¿Qué gritan esos? ¿Vivas a Madero y a Pino Suárez?

CEPEDA. Desprendiéndose del grupo de esbirros, a Huerta. Al contrario, mi General. Piden la cabeza de Madero y la de Pino Suárez. Son de los nuestros. Quieren que usted les hable. Hay muchos mecapaleros «tostoneados.»

HUERTA. A Cepeda. A tostón es mucho. Que les den; pero peseta.... A peseta por cabeza de gritón.... Y no hay que fiarse.... Que se bajen Matarratas, Gabriel y Chicarro. Orden de vigilar y no dejar entrar a cualquiera.

CEPEDA. Así se hará, mi Presidente. Habla con los esbirros y les da algunas monedas y billetes.

MATARRATAS, GABRIEL H. Y CHICARRO. Alzando sus bufandas sobre el rostro y agachando los sombreros, a Cepeda. Está bien, mi Gobernador! Salen.

Sigue la gritería.

HUERTA. Pronto.... Paula! Clarisa! Mi levita; mi sorbete....! Tendré que decirles algo a esos gritones.... Aparte. Antes, una gran copa de refino allí dentro. Sale por la puerta lateral para volver luego.

DOÑA PAULA Y CLARISA. Salen y vuelven con él.

CEPEDA. Abriendo la vidriera, saluda al gentío.

VOCES, fuera. ¡Viva el Gobernador Cepeda! ¡Viva el Presidente Huerta! ¡Muera Madero! Muera Pino! Débiles gritos de protesta. ¡Que hable el Presidente Huerta!

CEPEDA. Inclínándose hacia la calle, en el balcón. ¡Ya les va a hablar el Presidente, el ilustre Presidente Huerta!

Aplausos.

P. TRIANA. ¡Qué popularidad la de Don Victoriano! Sólo la de nuestro inmaculado De la Barra puede igualarle...

HUERTA. Por la puerta lateral, con levita vieja y sombrero alto deslustrado. Al P. Triana. Ya quisiera yo, como usted, echar un responso, una loa! Aparte. ¡Qué bueno estaba el refino! Ya me siento entonado....

DOÑA PAULA. Por detrás de Huerta, bajándole el cuello de la levita. Ese cuello está alzado. Confidencial. ¡Qué copa te has tomado; y del aguardiente para friegas!

CLARISA. Yendo al balcón y asomándose. Uf! ¡Qué de pelados vestidos de señores! ¡Cuántos mecapaleros!

P. TRIANA. Es el pueblo....el pueblo que idolatra a su nuevo Presidente.

HUERTA. Acercándose al balcón, saluda agitando el sombrero alto.

GRITOS, fuera. ¡La cabeza de Madero! ¡La cabeza de Pino Suárez!

RARAS VOCES DE PROTESTA. ¡No, no! Traición!

P. TRIANA. Detrás de Huerta. Vamos, Presidente, algo conciso.... Amado pueblo!

HUERTA. Con signos de ebriedad, repitiendo mal. Algo conciso.... Amado pueblo!

P. TRIANA. Heme aquí elevado por la Providencia....

HUERTA. Heme, aquí elevado por la Providencia.... Aparte. No la Providencia de Tequila (Jalisco), sino la otra....

P. TRIANA. Adelante, Don Victoriano.... Elevado a la primera Magistratura....

HUERTA. Adelante Don.... Ah! no.... a la primera Magistratura.

P. TRIANA. Para ejecutar tus voluntades.

HUERTA. Para ejecutar mis voluntades.

P. TRIANA. Tú eres el amo, pueblo; yo el servidor. No soy digno de desatar la correa de tu sandalia.

HUERTA. Tú eres el amo, pueblo; yo....yo la correa.... la correa de tu mecapal.... (Varios silbidos.) Al P. Triana. Están chiflando, padre; déjeme solo.... Ya estoy de punto.... Les voy a hablar claro. Al gentío. A ver, no se amontonen, no se 'oguen, guaguareros! ¿Qué quieren?

Risas, gritos, aplausos, silbidos.

VOCES. Que los fusile.

HUERTA. ¡La paz se hará cueste lo que cueste! ¿A quién fusilo? Hablen claro!

VOCERIO. A Madero y a Pino Suárez.

RARAS VOCES. ¡No, no! ¡Traición! ¡Cobardía!

HUERTA. *Pos sí; pos 'orita* voy a Palacio a una Junta de Ministros *pa* que decidan de la suerte de los prisioneros....

P. TRIANA. A Huerta. Todo se hará, amado pueblo, conforme a la Razón de Estado.

HUERTA. Amado pueblo....! Se fusilará conforme a la Razón de Estado.

Aplausos nítidos; varios silbidos.

CEPEDA. ¡Qué bien, mi Presidente!

CARDENAS. Señor Presidente, ¡qué buena loa!

P. TRIANA. No hablar todavía de fusilamiento, Don Victoriano.... «Hasta después»: lo ha dicho el señor De la Barra....

HUERTA. Cerrando la vidriera. ¡Uy! Con estos mecaperos no hay que andarse por las ramas, padre.... Ni la peseta merecen.... A Clarisa. Hija, dí que me traigan una copa....una grandecita de Tequila «Providencia.»

DOÑA PAULA. Será hasta que vuelvas de la Junta, Victoriano; no antes.... Confidencial. Ya te tomaste una. ¡Y de qué aguardiente!

HUERTA. Antes y después.... Imperativo, a Clarisa. Anda, Clarisa; y también para estos señores.... ¡pronto!

CLARISA. Saliendo por el fondo. Voy, papa.

DOÑA PAULA. Al P. Triana. Voy a que bauticen el tequila. Sale tras de Clarisa.

ESCENA NOVENA

HUERTA, PADRE TRIANA, CEPEDA, CARDENAS

HUERTA. Todo se irá arreglando.... Me ha parecido estar en la plaza de la Indianilla y que los del sol vociferan «maten al toro».... No tenemos más que sacar de la Intendencia de Palacio a la yunta de toretes, y se les despacha en el plazolón de la Penitenciaría.

P. TRIANA. Jesús! ¡Tan brutal procedimiento....!

CEPEDA. Mi Presidente; yo le combino un falso ataque, al paso.... Aposto mis esbirros al desembocar de Lecumberri....

HUERTA. Y en la 6ª de Lecumberri.... ¿Estará bien provista nuestra atalaya?

CEPEDA. Todo bien instalado. Copas, cigarros de los buenos, teléfono y una ventana por donde veremos pasar los automóviles de la muerte.

HUERTA. El golpe se debe dar más allá.

CARDENAS. En pleno llano; detrás de la Penitenciaría. Allí los suelto *de juida*.... No hay miedo de que les *jierre*!

P. TRIANA. No tan brutal....! Hay que usar formas.... ffformas....! Así dice nuestro ilustre De la Barra.

HILARIA. Entrando por el fondo con copas llenas. Las copas! Las copas!

Cada cual toma la suya. Hilaria, sale

HUERTA. Bebiendo. Muy flojo este tequila.... No raspa....! En camino a Palacio nos tomamos otra.... ¡Vámonos! A Cárdenas. Pancho, adelántese a escojer a la gente. Necesito dos que estén a mis órdenes directas en el cuarto de la 6ª de Lecumberri. Nos veremos esta tarde aquí, a las cinco.

CARDENAS. Muy bien, Presidente! Se despide y sale.

HUERTA. A Cepeda. Vamos, Cepedita. Al P. Triana. Hasta luego, padre.... Viendo entrar a Julio y Raúl Pero aquí viene Julio....y también Raúl!

ESCENA DECIMA

HUERTA, JULIO, RAUL, CEPEDA, PADRE TRIANA

JULIO. Por el fondo, precediendo a Raúl y llamando aparte a Huerta. Papá, Raúl te quiere hablar; se queja de inconsecuencias.

HUERTA. A Raúl. ¡Qué hay, mi Teniente! Nomás espe-

re un poco y lo hago Capitán.

RAUL. Afligido. Acaba de decirme mi mamá que Doña Paula me rechaza; que Clarisa tiene otro novio oficial.

HUERTA. No les haga caso. Cosas de las viejas.... Ah! Usted está de rechupete para lo de a la noche.... Hoy, cerca de las once de la noche, en el número 49 de la 6ª de Lecumberri.

RAUL. Apuntando en su cartera. «Antes de once noche, 6ª Lecumberri 49.» ¿Pero lo de Clarisa....? ¡La quiero tanto!

HUERTA. No tenga cuidado, amiguito; usted está fuerte....y yo lo sostengo. Ruido de automóvil. Viene gente. Se mueve para salir. ¡No hay tiempo!

ESCENA UNDECIMA

Dichos; DOÑA PAULA Y CLARISA, por el fondo

DOÑA PAULA. A Huerta. Victoriano, en este momento llegan Doña Sara Madero y su cuñada....

CLARISA. Mercedes Madero.

DOÑA PAULA. También la esposa de Pino Suárez....

CLARISA. Doña María Cámara.

DOÑA PAULA. Acompañadas por Don Belisario.... Que te quieren hablar.

HUERTA. ¡A buena hora, cuando tengo que salir a Palacio! ¡Y con ese loco de Don Belisario....! ¡Que no estoy!

DOÑA PAULA. Pero hay que recibirlos aquí.... Doña Sara hechá una Dolorosa....

HUERTA. ¡Ya me lo esperaba....! El golpe de los puchos.... Pues recíbelas.... En tanto que entran, yo y todos

los míos nos vamos por la recámara y la azotehuela.... Tú, firme.... Que no te metes en política y el punto se va a decidir en Consejo de Ministros.... Vámonos, Julio, Raúl, Cepeda.... Al P. Triana. ¿Usted también, padre, o quiere ver pucheros?

P. TRIANA. Yo también salgo; y me quedo a la escucha....

HUERTA, JULIO, RAUL, CEPEDA y el P. TRIANA. Salen precipitadamente por la puerta lateral.

ESCENA DUODECIMA

DON BELISARIO, DOÑA PAULA, CLARISA, DOÑA SARA,
MERCEDES (Madero), DOÑA MARIA CAMARA
(de Pino Suárez)

CLARISA. En la puerta del fondo. Pasen ustedes!

DOÑA SARA, MERCEDES y DOÑA MARIA CAMARA Enlutadas y veladas, levantan sus velos. A Doña Paula. ¿El General, señora?—¿Don Victoriano?—¿Huerta?

DOÑA SARA. Queremos hablarle.

DOÑA PAULA. Mi marido, el Presidente de la República, acaba de salir. Tiene una junta urgente en Palacio.

DON BELISARIO. Señora Doña Paula: por nada en el mundo vendría yo a esta casa para asunto mío. Mi opinión respecto al General Huerta y su conducta, está formada.... Se la he expresado aquí mismo, cara a cara; y la expresaré después ante el Senado, ante la Nación.... Pero ahora se trata sólo de la vida de un amigo, de dos amigos amenazados de muerte por la traición y la infamia.... Se trata de débiles mujeres: la anciana madre, la esposa y la herma-

na de Francisco Madero, la esposa e hijas de José María Pino Suárez.... Me regocijo de que no esté Don Victoriano Huerta y de que solas las tengamos enfrente. No más palabras.... Las mujeres se comprenden bien sin hablar; con un ademán, con el lenguaje mudo del corazón.... A Doña Paula y Clarisa. Señora, señorita; en nombre de las aquí presentes, ligadas por lazos sagrados a los dos prisioneros de la Intendencia, ¿quieren ustedes interceder con Don Victoriano Huerta para que no atente a las vidas de uno y otro?

DOÑA PAULA. Fríamente. Lo haré; pero no respondo.... Victoriano nos tiene prohibido mezclarnos en asuntos políticos.

DOÑA SARA. Con suprema angustia. Que no mate a mi marido!

MERCEDES. Llorosa. Que no mate a mi hermano!

DOÑA MARIA CAMARA. Que no asesine al padre de mis hijos!

DOÑA PAULA. No me mezclo en política.... Eso va a decidirse luego en Consejo de Ministros.

DON BELISARIO. A Doña Sara, Mercedes y Doña María Cámara. Vámonos, señoras! Quizás encontremos más piedad en el corazón de una extranjera.... en la esposa del Embajador Lane Wilson.

Empuja persuasivamente a las tres damas hacia la puerta del fondo, y sale con ellas.

TELON

ACTO CUARTO

PRIMER CUADRO

Cuarto alto, destartelado, en la calle de Lecumberri. • Una ventana, a la izquierda, da sobre esta calle. A la derecha, puerta en comunicación con la escalera. El cuarto es estrecho de atrás hacia delante. Está limitado en el fondo por una amplia vidriera encortinada y corrediza. Al correrse ésta, aparece primero una «axotehueta» vacía, elevada un poco sobre el nivel del cuarto. Más allá, en vaga perspectiva, la Penitenciaría del Distrito.

La aberración óptica, producida por alucinamiento delirante, en dos personajes, permite una tramoya, en virtud de la cual, en un momento dado, la Penitenciaría y su contorno, con la «explanada» por espalda y frente, se aproximan a los personajes intoxicados, hasta situarse en la axotehueta. No más mueblaje, en el primer plano, que una burda mesa y algunos viejos asientos. Sobre la mesa, botellas, copas, un platillo con yerba («mariguana») y un aparato telefónico. Débil claridad, suministrada por un foquito eléctrico. Cuando éste se apaga, el cuarto queda obscuro; y entonces el fondo, tras de la vidriera, se destaca iluminado por pálido fulgor de luna.

ESCENA PRIMERA

CEPEDA, MATARRATAS

CEPEDA. Sentado, tiene el oído al teléfono.

MATARRATAS. De pie, junto a la mesa, «destuerce» cigarrillos, mezcla en ellos la mariguana con el tabaco, los tuerce y valos distribuyendo en hacecitos.

CEPEDA. Telefonando. Bueno! ¿Con la casa particular del señor Presidente?... Soy Cepeda, Gobernador del Distrito.... Ah! Señorita Clarisa, cuánto gusto de hablarle!.... ¡Es usted tan simpática, tán!.... Dígame: ¿Su papá?... Sí, ya sé. .. A las seis, a la fiesta de la Embajada Americana. Pero, ¿después?... ¿No dijo a dónde iba?... Bueno; conque a Palacio.... Mil gracias, señorita.... ¡Lástima no poder seguir hablando con usted toda la noche!.... ¡Es usted tan seductora, tan adorable, tán!.... Cuando yo vaya mañana a su casa, le abriré mi corazón.... Mil gracias, simpatísima.... Buenas noches! Dejando el teléfono; a Matarratas. A las diez salió el jefe para Palacio.... Consultando al reloj. Son más de las diez y media; no puede tardar....

MATARRATAS. Acercando a Cepeda un montón de cigarrillos. Una docena de fuertecitos; más «mariguana» que tabaco!... ¿Prueba uno, mi Gobernador?

CEPEDA. Todavía no, Matarratas; esperaré a que llegue el Presidente para que juntos empecemos a gozar....

MATARRATAS. Al Presidente Huerta le gusta más la copa. Allí, (señalando una botella) hay *coñá* del retebueno.

CEPEDA. Viendo la etiqueta de la botella. Cognac Henessy, muy caro; de éste no bebía mi General Huerta antes de ser

Presidente.... También le gusta la mariguana....y los dos la sentimos con iguales efectos.... Hay muchos modos de emborracharse con la yerba nacional. Unos la dan por llorrar, otros por reír.

MATARRATAS. Yo, con un cigarrito me pongo enamorado; con dos menos enamorado, pero valiente; con tres....

CEPEDA. Con tres te pones más que de punto. Ya te conozco. Quieres matar, asesinar a cualquiera aunque sea un bicho.... Te vas por los corrales a perseguir ratas.... De allí te vino el nombre desde muchacho: Matarratas.

MATARRATAS. Cierto, mi Gobernador. Ya casi me han hecho olvidar mi nombre de pila.... Tomando un cigarrillo y encendiéndolo. Con el permiso, mi Gobernador; de ver la marigua se me hace agua la boca. Fuma

CEPEDA. A mí, la yerba también me pone sanguinario; pero con algo singular.... Primero resulto bízco, y se me dobla el mundo; luego mi vista adquiere una penetración... Ya quisieras mis ojos de gato para cazar ratas en las tinieblas. Y no sólo miro en lo obscuro, sino que mis miradas parecen atravesar puertas, paredes.... Los objetos lejanos se me acercan.

MATARRATAS. Se vuelve usted visionudo, mi Gobernador.

CEPEDA. Lo mismo que el Presidente Huerta.... Cuando nos enmariguanamos juntos por allá en el llano, gozamos de ver acercarse hacia nosotros el Popocatepetl.... Mira, Matarratas; ¿ves allá (describiendo la vidriera y señalando la Penitenciaría) esa mole medio borrada de la Penitenciaría? Pues como empiece a trabajar me la marigua, se me viene encima y la veré tan cerca como si estuviera allí, en la azotehuela.

MATARRATAS. Cosas endiabladas tiene la yerbecita.... Sí, mi Gobernador.... Yo ví una vez a un mariguano abrirse de piernas frente a un toro embolado *paque* le pasara por debajo.... *Pos* el revolcón no le convenció. Sostenía que la res era muy chiquita.

CEPEDA. Encendiendo un cigarrillo del montón. Vamos! Ya me abriste las ganas con tus bocanadas!

Suenan tres golpes en la puerta lateral.

MATARRATAS. Yendo a la puerta. ¿Quién?

HUERTA. Por fuera. Soy yo; abre, Matarratas!

MATARRATAS. A Cepeda, haciendo jugar la llave y abriendo.
¡El señor Presidente!

ESCENA SEGUNDA

Dichos; HUERTA, de levita, sobretodo y sombrero
«de carrete» hundido hasta las cejas

CEPEDA. Llega usted muy quedito, Presidente. Ningún ruido de automóvil...

HUERTA. Lo dejé en la esquina.... Un auto rascuacho, que me prestó Blanquet con un ayudante de chauffeur.... Esperará....

CEPEDA. Por fin, ¿a qué horas el golpe?

HUERTA. Viendo el reloj. Tenemos tiempo de tomar una copa. Destapa la de cognac. Este no es «bala rasa» como el de antes.

CEPEDA. Ofreciendo un cigarrillo. Y los de mariguana.... Muy bien preparados por Matarratas.

HUERTA. Bebiendo y encendiendo. Vamos a ver visiones.... Mejor! Veremos más hondo!

CEPEDA. Cabal! Es lo que decía yo a Matarratas. El se enmariguana sin elegancia.... Nosotros, los intelectuales, «sublimamos el específico».... Así dice mi doctor Misa Penéquez. La zambullida no nos ahoga. Guardamos una inteligencia perforante.... Doble vista y mirar muy hon-do!

HUERTA. Bueno, ingenierito! Ya la mariguana le está dando ingenio.... ¿No ha venido por aquí el Teniente Donarís?

MATARRATAS. Desde que estoy aquí, sólo mi Gobernador Cepeda....

HUERTA. Cuento con ese muchacho para una comisión de confianza.... Si no viniera, extraño sería! Lo tengo sul-yugado.... Pero en tal caso, servirás tú, Matarratas.... Por de pronto, ponte allí, en el balcón, para que observes el movimiento en la calle: tropas....dos automóviles pegaditos.... Avisa cuando los veas venir.

MATARRATAS. Abriendo la vidriera izquierda y plantándose en el balcón. Ya pasó un piquete de infantes del 29.

HUERTA. Los que van a formar el cuadro, por puro *coram vobis*. Suspende un poco la mariguana, Matarratas.

MATARRATAS. No hay cuidado, Presidente. Es mi segundo cigarrito, y sólo me siento valiente y enamorado.

CEPEDA. Dice Matarratas que hasta el tercer cigarro se pone sanguinario.

HUERTA. Copea, fuma y toma el audífono. Me dan ganas de hablar con mis tipos.... Nunca me acuerdo de los números.... Me prometieron estar listos al llamado.... Telefonando. Señor de la Barra.... Bueno!.... ¿Qué dice? ¿Siempre ejecuto?.... ¡Bueno! Deja un momento el audífono. ¡Demonio de blanco! Dice que sí; que los mate; pero «suave-

mente» y con tal de que no se comprometa su reputación «europea» ni la honra del Ministerio.

CEPEDA. ¡Ja, ja, ja! Es hijo legítimo de Loyola el chileno!

HUERTA. Telefoneando. Embajada Inglesa.... Senador Calero.... Bueno! ¿Conque sí, amigo Calero?.... ¿Qué opina usted, pues?.... ¿Me reconocerá el Gobierno yanqui?.... ¿No respingará después Woodrow Wilson con el muerto-zo?.... Hable usted claro; y no se esté allí, subido en la higuera!.. Hola, hola!.... Bueno, amigo; cuando yo me meta a empresario de circo, lo contrato a usted para que baile en la cuerda. Deja el audífono. A Cepeda. Este saltarán está chistoso!.... Dice que no se opone a que los mate; pero que se reserva a dar «su opinión definitiva» después de la matanza.

CEPEDA. ¡Ja, ja, ja! ¿Y el Dr. Urrutia?

HUERTA. Ese es templado. Fuí al Sanatorio. Estaba operando. Le consulté sobre el golpe, y no decía nada; no más cortaba.

CEPEDA. Lenguaje objetivo... ¡Ja, ja, ja! ¿Y Misa Penéquez?

HUERTA. Andaba allí mismo, dando toques. No vale la pena ese Misa Penéquez.... Sin embargo.... Dijo muy contrito que la clave del asunto no podía ser más que la clave porfiriana de Veracruz: «Matar en caliente.»

CEPEDA. ¡Ja, ja! La da de vivo el Misita Penéquez.... Puede ser que sí valga la pena. Es alienista que opina como los mecapaleros, según el tostón.... Oiga, Presidente; si me procesan por alguna caballada, me lo nombra de perito.

HUERTA. Fuma. ¡Caramba! Ya estoy viendo bizco!

MATARRATAS. Observando hacia abajo desde el balcón. Creo que alguien acaba de entrar.

CEPEDA. Fumando. Yo también; ya comienzo a gozar.

Tres toques en la puerta.

MATARRATAS. Yendo a ella. ¿Quién?

RAUL. De fuera. Yo, Raúl Donarís.

MATARRATAS. Abre, y RAUL entra.

ESCENA TERCERA

Dichos; RAUL

RAUL. Vestido de paisano, saludando militarmente. A la orden, señor Presidente. Confidencial. Me he retardado, porque me era difícil burlar la vigilancia de mamá....empeñada en acuartelarme en la casa.

HUERTA. ¿Quién hace caso de mamás y sus terrores en estas circunstancias? Se trata de algo serio.

RAUL. ¿En qué puedo servirle, mi General?

HUERTA. Se va a proceder a la ejecución de dos reos políticos.

RAUL. Ah! Ya sé.... Madero y Pino Suárez.... ¿Y qué? ¿Me quiere usted para formar el cuadro?.... Mi General, mándeme usted a un ataque del mayor riesgo....a que vaya a tomar un fortín artillado, a pecho descubierto, y voy con gusto; pero a esa clase de....

HUERTA. Nada!.... No se alarme.... ¡Yo lo crío más hombrecito!

RAUL. Usted ha visto cómo me levanté con los de Tlápam; y eso forzando a mi conciencia, rebelándome contra mi protector, Don Belisario....

HUERTA. ¡Bonito protector, el Don Belisario! Por sus recomendaciones, iba yo a echarle a usted de mi casa.... No sea tonto.... Sirviéndole una copa. Tómese ésta de lo más fino.

CEPEDA. La ejecución ha sido decretada en Consejo de Guerra....

HUERTA. Todavía más; en Consejo de Ministros.... Así lo exige la Razón de Estado.

CEPEDA. ¡Es la única salvación del país!

HUERTA. Para mandar el cuadro ya hay hombre: Panchito Cárdenas.

RAUL. Después de un trago. ¿Qué quiere usted que haga, mi General?

HUERTA. Tomando un cigarrillo. Fúmesese este tabaco de soldado.... Estamos entre hombres.

RAUL. Fumando con repugnancia. Sólo una vez he fumado de éstos: la noche del pronunciamiento.

CEPEDA. A Huerta. Yo le convidé uno de mis mariguanos cuando llegamos al cuartel en Tlálpam.

HUERTA. A Raúl. Pues hoy que se trata de coronar el pronunciamiento, va usted a fumar de nuevo.

CEPEDA. ¡Nada como la yerba mágica de los aztecas!

HUERTA. He pensado en el Capitán de mañana, Raúl Donarís, para que dé esta noche los tiros de gracia.

RAUL. Eso es más duro que mandar el pelotón, mi General....

MATARRATAS. Apartándose un poco del balcón. Yo les doy el de gracia.... Déjeme ese bocado, mi Presidente!

CEPEDA. Ya Matarratas está en su tercer cigarro.... No hay quien lo detenga, Presidente.

HUERTA. Chás! Tú darás los de gracia, Matarratas....

A Raúl. Entonces no tiene usted ganas de entrar en mi familia, Tenientito.... ¡No quiere hacer nada!

RAUL. Sí quiero.... Mándeme cualquier otra cosa, mi General....

HUERTA. Eso significa que apenas servirá usted para una comisión de señales.... A Matarratas. Irás con el Teniente a la ejecución.... A Raúl y a Matarratas. Se acomodarán de paso en los autos, aunque sea en los estribos.... Tú, Matarratas, trata de apuntar bien, a la nuca.

MATARRATAS. ¡Qué gusto! En el mero cerviguillo....

HUERTA. Usted, Raúl, ponga cuidado. En el momento en que tuerzan los autos hacia la espalda de la Penitenciaría, dispara usted tres tiros de revólver.

RAUL. Bueno, mi General.

HUERTA. Esos tiritos, me dirán: «Ya vamos a empezar»; y servirán para redondear el ataque en falso.

CEPEDA. No hñy cuidado, Presidente; mis hombres en acecho harán bien el simulacro.

HUERTA. A Raúl. Cuando vea usted caer a los dos reos, y le quepa la evidencia plena de que han muerto, entonces vuelve usted hacia el frente de la Penitenciaría, enfile nuestra calle de Lecumberri y dispara cuatro tiros.

RAUL. Entendido, mi General.

HUERTA. Que sus tiros sean pausados.... Pun-pun-pun, la primera vez; la segunda: ¡Pun-pun-pun-pun!

CEPEDA. Fumando. ¡Cómo voy a gozar!

MATARRATAS. Volviendo a su observación en el balcón. Mucho se tardan esos automóviles!.... Siento cosquillas en las manos y amargor en la boca.... Quisiera beber sangre!

RAUL. Fumando. Ya le estoy tomando gusto a la ^{3a} yerba.... Siento este cuarto estrecho para mis alientos. Desco-

re, la vidriera del fondo y contempla la Penitenciaría.

CEPEDA. A Raúl. Ayúdeme a gozar, Teniente Donarís! A Huerta. Este Tenientito lleva trazas de resultar más mariguano que yo.

RAUL. Tendiendo el índice hacia la Penitenciaría. Esos murrallones convidan al drama.... Ese campo yermo pide un riego de sangre.... Saltan lenguas rojas que dicen: «matar.» Fuma. A Huerta. Mi General, estoy listo hasta para más.... Guardo mi marrazo de cadete.... ¡Que me traigan mi marrazo!.... Sé manejarlo como espada o como daga.... No hace ruido.... En vez del tiro de gracia, les clavo mi marrazo en el corazón.... Habré salvado a la República!

HUERTA. Alto, amiguito; no tanto!.... Le quita el cigarrillo y lo avienta. A Matarratas. Tú también, Matarratas; tira el «marigua.» Ya los dos están de punto....

MATARRATAS. Inclinandose hacia fuera y señalando en dirección opuesta a la Penitenciaría. Allí aparecen dos automóviles por la calle Cocheras.... ¡Y vienen para acá! Se mueve hacia la puerta de salida.

HUERTA. Ya sabe el Mayor Cárdenas que debe detenerse un momento frente a nuestra puerta.... Conque usted, Raúl, los tiros de señal; tú, Matarratas, los de gracia.... Notifíquenle al Mayor sus comisiones.

RAUL y MATARRATAS. Salen por la derecha apresuradamente. Se percibe a la izquierda ruido de automóviles que se detienen.

ESCENA CUARTA

HUERTA, CEPEDA

AMBOS. Se dirigen al balcón.

HUERTA. Apaguemos la luz; los vecinos pueden fisgarnos.

CEPEDA. Apaga el foquito eléctrico. La pieza se sumerge en una obscuridad que se hará más densa al cerrar el balcón.

AMBOS. Se asoman.

HUERTA. Con la vista hacia abajo, hace un signo de mando, extendiendo la mano en dirección a la Penitenciaría. Ruido de automóviles que parten.

CEPEDA. Cerrando el balcón. Me pesa el cargo de Gobernador.... Quisiera no ser personaje oficial para participar en el «gesto»....

HUERTA. Gestos....los que van a hacer el «chaparro» y Pino.

CEPEDA. Yo los ejecutaría a puñaladas, como quería Donarís.... Ese muchacho promete....

HUERTA. Más nervioso y fantástico que la madre.... Se puede hacer de él un bonito asesino.

AMBOS. Fuman y beben con exceso.

CEPEDA. Descorre completamente la vidriera del fondo.

La Penitenciaría se destaca apenas en la penumbra, como si una nube opacara la luna.

AMBOS. Ebrios, progresando en su intoxicación delirante, contemplan el fondo, en actitudes de ansiosa expectativa.

HUERTA. Vamos a ver el paredón de atrás.

CEPEDA. Me parece verlos.... Ya llegan!

(Resuenan tres tiros.)

HUERTA. Tres tiros! La primera señal.

Resuena una descarga.

CEPEDA. ¡Es el falso ataque!

SEGUNDO CUADRO

ESCENA PRIMERA

HUERTA y CEPEDA en el cuarto. En la azotehuela, MADERO, PINO SUAREZ, CARDENAS, RAUL DONARIS, MATARRATAS, CHICARRO y HUERTA, escolta de ESBIRROS, pequeño pelotón de FEDERALES, dos CHAUFFEURS, conductores del par de automóviles.

Algunos segundos de negra obscuridad. Lesprendida de espesa nube, la luna ilumina el fondo transformado, mientras el cuarto queda en la penumbra. Limitando la azotehuela, se alza el muro posterior de la Penitenciaría.

El Pelotón de FEDERALES, armados al brazo, se alinea al borde anterior de la azotehuela, de espaldas al espectador.

Primer automóvil entra por la derecha. Los Personajes bajan de este modo y en este orden:

CARDENAS, empuñando el revólver;

MADERO, con las manos atadas por detrás;

ESBIRRO 1º y ESBIRRO 2º, vigilando a Madero.

El primer automóvil sale para dejar campo al segundo.

ESBIRROS 1º y 2º, se apartan de MADERO y lo dejan solo frente a FEDERALES.

CARDENAS, a los FEDERALES: ¡Fuego!

FEDERALES. Algunos se aprestan a tirar.

MADERO. Alto! Los Federales no son asesinos.

FEDERALES. Algunos descansan armas; ninguno hace fuego.

CARDENAS, avanza hacia MADERO y lo revolveriza en la sien izquierda y en la frente. (1)

(1) Como según la ficción establecida, el hecho se realiza a distancia considerable del lugar en que aparece, conviene, en provecho del auditorio, que las detonaciones sean débiles.

MADERO. Cae y se agita convulsivamente.

MATARRATAS. Entra corriendo por la derecha y da a MADERO el tiro de gracia.

RAUL. Por la derecha, va hacia el cadáver, lo mira, lo remueve y sale corriendo por el mismo lado.

ESBIRROS 1º y 2º Se llevan el cadáver por la izquierda.

Automóvil 2º entra por la derecha. De él bajan:

CHICARRO, con revólver en mano.

PINO SUAREZ, maniatado por detrás.

GABRIEL HUERTA, amartillando el revólver.

ESBIRROS 3º y 4º, armados.

CARDENAS, dando un empujón a PINO SUAREZ, lo coloca frente a FEDERALES. Ahora sí; fuego, muchachos!

FEDERALES. Todos permanecen inmóviles, con armas en descanso.

PINO SUAREZ, a Cardenas y a escolta de esbirros. Asesino!.... Asesinos!.... A Federales. Soldados, la Historia....

CARDENAS, revolveriza a PINO SUAREZ, por la izquierda, en el tórax.

PINO SUAREZ, herido sin caer, se debate. Asesinos, la Historia!....

CHICARRO, GABRIEL HUERTA, ESBIRROS 3º y 4º revolverizan a PINO SUAREZ en cabeza, cuello y espalda.

PINO SUAREZ, cae.

MATARRATAS, entra corriendo por la derecha y, encarnizado, descarga sobre el cadáver todos los tiros de su pistola.

RAUL, entrando por la derecha, contempla al muerto acribillado; sale corriendo por donde entró.

ESBIRROS 3º y 4º, arrastran el cadáver hacia la izquierda y salen con él.

ESCENA SEGUNDA

HUERTA y CEPEDA, como anteriormente.

SICARIOS y ESBIRROS, pasan en los dos automóviles conduciendo los cadáveres de MADERO y PINO SUAREZ.

CEPEDA. Fumando. ¡Caray!.... ¡Cómo he gozado! ¿No ha gozado usted, Presidente?

Resuenan cuatro tiros.

HUERTA. Bebiendo. La segunda señal.... Están esca-
bechados!

CEPEDA. Ya les dieron agua!

HUERTA. Ahora se los llevan a la prisión.

CEPEDA. Más y más vidente. Algo pasará en la puerta!

TERCER CUADRO

ESCENA PRIMERA

Momentos de obscuridad completa. La claridad lunar reaparece iluminando en el fondo parte de la explanada y de la fachada de la Penitenciaría, con la puerta principal en el medio. El portón tiene «postigo.»

Los dos automóviles llegan sucesivamente.

CARDENAS y SUBALTERNOS, bajan. A un toque vigoroso, se abre el postigo.

UN GUARDIAN, se asoma; dialoga rápidamente en voz baja con CARDENAS. El portón se abre.

SICARIOS y ESBIRROS, sacan los cadáveres de MADERO y PINO SUAREZ; los dejan en el vestíbulo de la prisión y reaparecen luego.

ESBIRROS 1º, 2º, 3º y 4º, se quedan en la explanada para vigilar en la sombra.

Los demás EJECUTORES vánse en los autos.

ESCENA SEGUNDA

HUERTA y CEPEDA igualmente; RAUL, SRA. DONARIS

RAUL. Trastornado, con el traje y las facciones en desorden, guardando en la mano el revólver, divaga y se detiene. ¡Horrible! ¡Horrible! ¿Sería verdad o ilusión?.... Ese cigarro me ha envenenado.

SRA. DONARIS. Hijo! ¿Eres tú, Raúl?.... Ya me lo avisaba el corazón....que te me habías escapado para venir por este sitio de sangre!

RAUL. No sé.... He bebido, fumado.... Vine a ver.... ¿Y tú, madre?

SRA. DONARIS. Buscándote, encontré a Don Belisario con Doña Sara, Mercedes Madero y Doña María Cámara.... Obtuvieron de la Sra. Wilson Lane que arrancara a su marido, el Embajador, una palabra protectora en favor de los presos....

RAUL. Ensimismado. En favor de Madero y Pino.... ¡Los pobres! ¿Qué palabra, madre?

SRA. DONARIS. Notificación urgente al Director de la Penitenciaría de un despacho del Presidente Taft.... Pero no hay tiempo!.... Dejamos el auto allí, al lado.... Vagábamos juntos por la explanada. Nos dijeron que por aquí iban a hacerse las ejecuciones.... Te distinguí de lejos. Anduve de prisa, y los he dejado atrás.... Ya vienen....

RAUL. ¿Quiénes vienen?

SRA. DONARIS. Doña Sara, Mercedes, Doña María y Don Belisario.

RAUL. ¡Don Belisario también!.... Me voy, madre.... Odio a ese viejo.... Me hostiliza.... Sale corriendo.

SRA. DONARIS. ¡Insensato! No sabes lo que dices.... Espera!.... Ven!....

ESCENA TERCERA

Dichos, menos RAUL; DON BELISARIO, DOÑA SARA,
MERCEDES, DOÑA MARIA CAMARA

SRA. DONARIS. A Don Belisario. Llamaba yo a Raúl que corrió.

DON BELISARIO. ¡Raúl aquí! ¿Qué hacía?.... Pero los momentos son angustiosos. No debo pensar más que en salvar a mis dos amigos.... Toca fuertemente a la puerta de la prisión y saca del pecho una cubierta cerrada. Sin duda, están aquí encapillados.

Se abre el postigo. El GUARDIAN se asoma.

GUARDIAN. ¿Quién es? ¿Qué quieren?

DON BELISARIO. Mostrándole la cubierta cerrada. Traigo un oficio extraordinario y urgente para el Director de la prisión.

GUARDIAN. Aquí viene el señor Director. Desaparece.

DIRECTOR. Asomándose. ¿De qué se trata?

DON BELISARIO. Entregándole el oficio. Señor Director, de parte del Embajador de Estados Unidos, salvando conductos intermedios, por la urgencia del caso.

DIRECTOR. Leyendo en voz alta, fragmentos del oficio, a la luz de una linterna. Se ha recibido en esta Embajada un despacho del Presidente Taft, en amparo de los señores Madero y Pino Suárez».... «Que en nombre de la Humanidad se pro-

cure a todo trance estorbar la ejecución».... Guarda el pliego. Señor y señoras, es tarde.... Los señores Madero y Pino Suárez han sido ejecutados y sus cuerpos aquí traídos.

DOÑA SARA y DOÑA MARIA CAMARA. Exhalan gemido desgarrador y se desvanecen.

DON BELISARIO. Las sostiene.

MERCEDES. Traidores! ¡Han asesinado a mi hermano!

SRA. DONARIS. ¡Qué horrores se ven en esta tierra!

DOÑA SARA. Reponiéndose. ¡Que me entreguen su cadáver!

DOÑA MARIA CAMARA. ¡El cadáver de mi marido!

El postigo se cierra.

ESBIRROS. 1º, 2º, 3º y 4º. Fungiendo de centinelas, amartillando los revólvers, entran bruscamente y se colocan entre la puerta y los personajes, rechazándolos. ¡Atrás! ¡Atrás!

DON BELISARIO. A los esbirros. ¡Miserables instrumentos!.... Se vuelve hacia delante, a la ciudad. Los grandes culpables están allá.... Son los De la Barra, los Calero, Cepeda, Huerta.... ¡Traidores! ¡Asesinos!.... Yo se los diré muy alto!

CEPEDA. Fumando, medio tumbado sobre la mesa. ¡Ja, ja, ja!

HUERTA. Bebiendo. ¡Ja, ja, jaaaa! Pensativo. ¡Como no resuene en Washington!

TELON

ACTO QUINTO

Estamos a mediados de julio de 1914. La Dictadura huertista (representando con relación a la de Porfirio Díaz una profunda pervisión decadente), toca a su término. Fundada esa Dictadura en el «asesinato político», lo ha seguido ejerciendo irremisiblemente, como si fuera su condición vital. Después de Madero y Pino Suárez, han ido cayendo: Rafael Hernández, (ejecutado en su prisión por Enrique Cepeda, Gobernador-esbirro, absuelto este último gracias a un dictámen pericial de los Misa Penéquez); el diputado Serapio Rendón; el diputado Adolfo Gurrión; el disidente Juan Izábal; con ellos otros políticos menos conocidos, casi todos amigos íntimos de Madero y Pino, todos acusados, sin proceso, de favorecer en la Capital de la República el movimiento anti-huertista que avanzaba constantemente en los Estados del Norte.

En medio al pavoroso silencio, una voz de enérgica protesta intentó hacerse oír en el Senado. Era la del Senador Dr. Belisario Domínguez. De sus dos discursos presentados al Senado, ninguno pudo ser leído en sesión alguna, combatidos por el «veto» de senadores coreicos del género Calero. Pero impresos en máquina, los dos discursos circularon lo bastante para dar publicidad a la violenta requisitoria contra el «soldado sanguinario que se amparó del Poder por medio de la traición, asesinando cobardemente al Presidente y al Vicepresidente. . . . después de haber recibido del primero toda especie de ascensos, honores y distinciones, y haberle jurado públicamente lealtad y fidelidad inquebrantables.»

En la noche del 7 al 8 de octubre (1913), Don Belisario Domínguez desapareció de la ciudad por los procedimientos sigilosos empleados para las víctimas. Los rumores sobre su muerte provocaron intensa efervescencia en la Cámara de Diputados. Hubo protestas contra el Dictador, más o menos valientes. Se nombró una «Comisión de investigación» que sólo logró poner en claro la salida intempestiva del Senador entre 12 y 1 de la noche, de su alojamiento en el Hotel del Jardín, bajo la coacción de dos agentes de «la Reservada.»

Huerta responde a las reclamaciones de la Camara con la «diso-

lución», si así puede llamarse el encarcelamiento (10 de octubre) de 83 diputados adversos.

Luego comienza el Dictador su precipitación hacia la ruina propia y la del país, en una atmósfera de robo, engaño, sangre y alcohol.

Llegó un día en que, al falso patriota, al héroe de cantina, rapaz y matón, no le queda más recurso que liar su maleta y partir.

En tal día este Quinto Acto desarrolla su acción.

Salón en la casa de Huerta, en la Colonia de San Rafael.
A la izquierda, primer plano, gran espejo sobre consola, al lado de una puerta lateral comunicando con la habitación. A la derecha, puerta en supuesta comunicación con vestíbulo y escalinata dando sobre corredor de entrada. En el fondo, gran ventana o veranda, con vista a la calle. Al través, se divisa el campanario de una capilla. En el ángulo izquierdo una puertecita comunicando con el «gabinete negro», destinado a trebejos y guardarropa, amueblado con solo un diván más o menos visible. A un lado de esta puertecita, otra consola, y en ella un candelabro con velas. Al otro lado de la misma, una caja fuerte. En los muros varios retratos del Dictador, con inscripciones laudatorias como: «El vencedor de Bachimba»; «¡Gloria al invicto Rival de Woodrow Wilson!»; «¡Viva el Salvador de México!».... Mueblaje y decorado elegante, de salón, que contrastan con la pobre instalación del Acto Primero.

ESCENA PRIMERA

CLARISA, HILARIA

CLARISA. Vestida en traje de casa, se adorna frente al espejo

con los azahares artificiales destinados a completar su toilette nupcial: diadema, ramitos, pequeñas guirnaldas, que va extrayendo de su envoltura. Se pone la diadema. ¡Qué bien me sentaría si mi papá siguiera de Presidente!.... ¡Casi una diadema de Princesa!.... Hija de Presidente y de Rey es casi lo mismo, a lo que me han dicho.... Afligida. ¡Lástima! Parece que mi papá ya no puede con la Presidencia, y nos vamos!....

HILARIA. Entrando por la puerta izquierda. ¡Ajá! niña Clarisa! ¿Ahora sí es de veras?.... ¡Tantas veces ha estado usted previniéndose para el casorio!

CLARISA. ¡Exageraciones tuyas, Hilaria! Mis primeros novios no valieron. Diversiones de papá que me los echaba, en guasa. Luego, cuando la dió por casarme con Raúl...

HILARIA. En marzo del año pasado, a poco del «muertazo» de Madero y Pino...

CLARISA. Prendiéndose un ramito en el corpiño. Esa vez ni quien pensara en vestido de novia.... Pasó la humorada de papá por Raúl.

HILARIA. Pero luego, niña; cuando querían casarla con ese médico....

CLARISA. Jugando, distraída, con una guirnalda. Misa Penéquez.... Entonces sí; nos adelantamos a comprar el vestido, pensando que él pagaría la cuenta.... Cá! Misa Penéquez durísimo de codo....

HILARIA. Golpeándose el codo derecho con el puño izquierdo. ¿Muy «codo» el mediquito?....

CLARISA. Pasaba él cuentas para sí mismo.... Primero trescientos pesos por visitas de «maquinita».... Luego, quién sabe cuántos miles por disculpar en su crimen a Enrique Cepeda que ya se me apuntaba como novio....

HILARIA. El que asesinó y chamuscó en Belén a Ga-

briel Hernández.... ¡Buena alhaja!

CLARISA. Papá se enfureció por las cobranzas de Misa Penéquez.... Que no quería yernos tan ingleses.... Se deshizo el noviazgo y me quedé con el vestido.... encampanada!

HILARIA. Ahora le toca su turno, y el bueno, al Teniente Castrón....

CLARISA. Mayor Castrón, Hilaria.... con sueldo de Coronel. Pronto será General.... Ascensión rápida por sus servicios en campaña....

HILARIA. Campaña de quince días en Torreón.... Evacuación estratégica; y se vino corriendo.

CLARISA. Todos corremos.

HILARIA. Yo también.... Se empeña Doña Paulita en que los acompañe....

CLARISA. Tú también. Ha llegado la hora de correr.... El hecho es que mi papá ha jugado con mis novios como con sus Ministros.... Media docena de novios para mí; cuatro docenas de Ministros para él....

HILARIA. Que «todos los políticos de México le caben en una muela»....

CLARISA. Así dice de mi papá el Dr. Urrutia.... Se prende un ramito en la cintura. El más resentido de mis ex-novios será Raúl.... Dice Julio que anda chiflado.

HILARIA. Con razón, niña.... ¡Pobre de Don Raulito! Es el que más la ha querido.

CLARISA. Terciándose una guirnalda en el busto. Dice mi mamá que no tiene. (Signo de pesos). Y es tan apasionado que me da miedo....

HILARIA. ¿A qué horas el casorio, niña Clarisa?

CLARISA. Muy pronto! Quiere mi papá que todo, civil

y eclesiástico vaya de carrera.... Que como a la noche tomamos el tren para Coatzacoalcos, deben casarme al vapor. Lo civil sin ceremonia: lo eclesiástico sin misa, allí cerquita.... ¿Ves aquel campanario? Pues allí, en la capilla de Mascarones.... ¡Me casó al vapor!

HILARIA. Pero de blanco.... En vez de prenderse así los azahares, ¿por qué no prenderlos en el de novia?

CLARISA. Mi vestido de novia está ahí. Señala la puertecita del gabinete. Tráemelo.

HILARIA. En el gabinete negro.... ¡Está tan oscuro! Trabajo da encontrar un bulto entre tantos.... ¡El gabinete negro! Ni siquiera le han puesto un foquito.

CLARISA. Señalando el candelabro, junto a la puertecita, sobre la consola. Para eso tienes allí el candelabro con velas; y cerillos al canto.... Anda, Hilaria; yo te alumbro. Deja los azahares en la caja y va hacia la consola.

HILARIA. Moviéndose en el mismo sentido, enciende algunas velas y entra en el gabinete.

CLARISA. Toma el candelabro y, deteniéndose en la puerta, ilumina el gabinete. Allí, sobre el diván.... Esos bultos.... Uno la maletita de papá; otro la caja del vestido.

HILARIA. Reaparece, con la caja de cartón bajo un brazo y una petaca de mano bajo el otro.

CLARISA. ¿Por qué sacas también la petaca? Déjala.... No tardará mi papá en buscarla para acabar de vaciar en ella lo de esta caja fuerte.

HILARIA. Dejando la petaca visible, a la entrada del gabinete. La señala. Ya quisiera yo un cachito de todos los capitales que ha estado metiendo dentro Don Victoriano.

CLARISA. Puro dinero bueno.... dólares.... Nada de billetes de Bouligny. Deja el candelabro sobre la consola, sin apa-

gar las velas. Vuelve frente al espejo. Aquí el vestido, Hilaria. Señala la otra consola, bajo el espejo.

HILARIA. Colocando el «cartón», abriéndolo y sacando el vestido de novia. ¡Qué rico! ¡Si hasta me pongo bizca con el brillo de la seda! Saca las zapatillas. ¡Y los zapatitos que parecen pichones dormidos!

CLARISA. Desplegando el vestido y prendiéndole un cabo de la guirnalda. Déjate de historias, Hilaria; y ayúdame a prender....

Se oyen pasos cerca del vestíbulo.

HILARIA. Alguien viene, niña.... Va a la puerta derecha y mira hacia fuera. Es Don Raúl, niña!

CLARISA. ¡Raúl! Suelta el vestido y la guirnalda medio prendida, sobre un sillón. Vámonos, Hilaria; que no nos vea.... Y que vea el vestido.... Así sabrá que me voy a casar y que no debe volver.... Le tengo miedo.... Vámonos!

CLARISA e HILARIA. Salen precipitadamente por la izquierda.

ESCENA SEGUNDA.

RAUL, solo

Entra por la derecha, sombrío. En su cara y modales se advierten los estragos de los intoxicantes (alcohol, marihuana, etc.) Su traje de militar federal, con insignias de Capitán, y demás prendas visibles, están maltratados. Su mirar extraviado de psicópata discurre en torno con vaguedad siniestra, hasta el momento en que el vestido de novia reclama su atención. ¿A dónde iría Doña Paula? ¿Y era realmente Arturo Castrón el que la acompañaba?.... Iba el automóvil a todo correr, de suerte que los ví como en un relámpago.... La verdad es que desde que fumo la yerba, tengo visiones!.... Necesito una explicación franca, de-

finitiva, con Clarisa. Mira en torno. Nadie!.... Tocaré en esa puerta.... Señala la puerta izquierda y se dirige hacia ella. En el trayecto, su vista tropieza con el vestido blanco abandonado en el sillón; luego con los azahares dejados en la consola. Se detiene, angustiado. ¡Una ropa de novia!.... ¡Azahares!.... ¡Se va a casar con Castrón!.... ¡Ingrata!.... ¡Pero es cierto y no me engañan los ojos? Toca el vestido; toma un ramito de azahar. ¡Flores de trapo, falsas como ella! Arroja el ramo al suelo con ira. Pérfida! Tanto como Doña Paula, como Huerta.... ¡Toda la familia es traidora!.... ¡A lo que me han empujado! ¡Lo que he llegado a ser por su amor! ¡Un esbirro, cómplice en los más feos asesinatos! ¡Ya no soy digno de llamarme soldado....soldado de la patria!.... ¡Un rufián de Huerta! Se quita el kepi, arranca de él la insignia del grado y la tira al suelo. Viéndose al espejo, se arranca y arroja también las hombreras. Saca un cigarro de mariguana, lo enciende y fuma. Se contempla las manos. Sangre! ¡Mis manos están manchadas para siempre! ¡La sangre de Madero, de Pino, de Scrapio Rendón, de Izábal....de tantos! ¡Esbirro de esbirros! Huerta me ha mandado matar a los enterradores; los he asesinado cuando acababan de llenar las fosas! Lleva la mano al puño de la espada. Esta espada me da vergüenza.... Voy a cambiarla por mi marrazo de cadete.... Ya no tengo grado; no quiero ser más que un soldado, el más miserable de los federales.... Da unos pasos hacia la puerta derecha. Alguien viene! Saca la espada. Si es Arturo Castrón, me bato con él aquí, desde luego....

ESCENA TERCERA

RAUL, JULIO, HUERTA

JULIO. Entrando por la derecha, se sorprende de ver a Raúl con la espada desenvainada y en actitud agresiva. ¿Qué haces, Raúl? Serénate! Me quieres pasar con tu espada, a mí que soy tu amigo?

RAUL. Tirando el cigarro, se restrega los ojos como para escapar a una alucinación. Me pareció que eras Arturo Castrón.... Envaina la espada. Pero ¿qué amigo has de ser, tú!....ni tu padre! Tú no me decías nada! El me alentaba, y Clarisa me denigra.... Se va a casar con Castrón.

JULIO. Yo no sé.... Siempre te he dicho que no me gusta mezclarme en los asuntos tocantes a mi hermana.... ¿Cómo sabes que se casa?

RAUL. ¿Cómo lo sé? Señala el vestido.

JULIO. Ese vestido lo tiene Clarisa desde hace tiempo... Mira; lo que debes hacer, es hablarle a mi papá; él te estima.

RAUL. Me estima como esbirro....siempre que se trata de «darle agua» a alguno. Me ha degradado. Ya no soy digno de llevar insignias. Me las acabo de arrancar.... Las indica en el suelo. Estoy perdido.... Tu padre me ha salpicado con la sangre de casi todas sus víctimas.... De entre los asesinados en el Distrito, sólo hubo uno en cuya ejecución no tuve nada que hacer....porque me negué obstinadamente.

JULIO. Lo sé.... La de Don Belisario....

RAUL. Que lo mataron en la Calzada de Coyoacán.

JULIO. Creyeron matarlo.... Pero ese viejo loco tiene

muchas vidas.

RAUL. Emocionado. ¿Vive Don Belisario?

JULIO. Ya te contaré.... Puede ser que te necesite para asegurarlo.

RAUL. Ya no!.... Ya no quiero nada contigo ni con tu padre.... Yo era bueno; y ustedes me han pervertido.

JULIO. Riendo y dando a Raúl palmadas amigables. Pervertido!.... Porque te hemos hecho servir a la patria.... ¡contra la traición!

RAUL. Me han hecho matar a los sepultureros!

JULIO. Serio. Buena obra!.... Podían luego ligarse con los traidores y acusarnos.

RAUL. Me hiciste ayudarte a derribar en la plaza de Dinamarca la estatua de Washington....después, que te acompañara cuando la arrastrabas, amarrada a tu automóvil.

JULIO. Serio. Fué el día en que los marinos americanos asaltaban a Veracruz.... Alguna revancha teníamos que ejercer contra el yanki.... Mi padre lo dijo: «¡Vayan y echen abajo la estatua de ese Gringo!».... ¡Tú sabes que Huerta no es Santa-Anna! (1)

RAUL. He leído que Santa-Anna salió a combatir, y mal que bien perdió una pierna. Tu padre no ha salido contra el invasor.... Se ha quedado bebiendo en las cantinas.

JULIO. Cuidado, Raúl!.... ¿Y así quieres que te haga caso Clarisa? ¡Vaya que eres tonto!

(La noche de las manifestaciones contra los yanquis por su desembarco en Veracruz, un hijo de Huerta salió a «manifestar» contra los yanquis en automóvil. Al pasar por la esquina del «Globo» se detuvo, y arengando a grupos de curiosos, dijo: «¡Huerta no es Santa-Anna!»)

RAUL. Clarisa se casa con otro!.... Ya no soy Capitán; soy un miserable cadetel! Voy a fajarme mi marrazo! Se dirige hacia la puerta derecha.

JULIO. Riendo y dando a Raúl palmaditas. No seas tonto, Raúl. Vuelve luego y hablarás con mi papá.

RAUL. Sale.

ESCENA CUARTA

JULIO, CLARISA, HILARIA

CLARISA. Seguida de Hilaria, entra por la izquierda. Julio! ¿Por qué le has dicho que vuelva?

JULIO. ¿Estabas oyendo tras de la puerta?

CLARISA. Naturalmente! ¿Cómo no saber el efecto que le hacía mi vestido de novia?.... ¡Está chiflado!.... ¡Y amenazando con su marrazo!.... ¡Que no vuelva nunca!

JULIO. Tiene que volver.... Por algo me dijo mi papá que le convenía tener hoy en casa buenos esbirros de confianza.... Raúl no servirá para marido tuyo; pero ha salido buen esbirro.

CLARISA. ¡Vaya unos líos que no comprendo!....

HILARIA. Poniendo en el canastillo el vestido de novia. Yo tampoco comprendo; pero sí que no tarda en llegar Doña Paulita con Don Arturo y el cura civil....

Ruido de pasos en la escalinata.

CLARISA. Recogiendo y llevándose los azahares. Vienen! Me voy a vestir. Sale con Hilaria por la izquierda.

ESCENA QUINTA

JULIO, HUERTA, DR. URRUTIA

HUERTA. Acompañado del Dr. Urrutia. Por la derecha. Estás solo, Julio!

JULIO. Mamá salió con Castrón para traer al Juez del Registro.

HUERTA. Que todo lo del matrimonio se arregle por cuerda separada.... El civil en la sala interior.... El padre Triana está listo para el religioso en la capilla de Mascarnes.... El doctor Urrutia y yo tenemos que despachar aquí un negocio grave. Con misterio, a Julio. El asunto de Don Belisario. Va al teléfono y obtiene comunicación.

JULIO. Al Dr. Urrutia. Así es que contra lo que se cree, Don Belisario no ha muerto.

DR. URRUTIA. Don Belisario está todavía «vivito».... como dice Díaz Mirón en «El Imparcial.»

HUERTA. Hablando en la bocina y alzando la voz, imperativo. Que Matarratas y Gabriel lo traigan luego.... Dejando el teléfono, a Julio. Hijo, déjanos solos. Te vas a la estación del Mexicano y dispones lo del tren especial.

JULIO. ¿Para qué hora, papá?

HUERTA. No fijas hora, ni punto de la vía en que subiremos.... Nomás que lo tengan listo, en permanencia, hasta recibir órdenes urgentes.

JULIO. Disponiéndose a salir. Bueno.... Deteniéndose. Se me olvidaba, papá.... Vino Raúl Donarís. Se puso feo al ver el vestido de novia de Clarisa.... Traté de calmarlo.... Vendrá luego.

HUERTA. Que venga el chamaco Donarís, por lo que ocu-

rra.... Tanto mejor! Lo convidaré a beber y a fumar.... Dile a un Ordenanza que traiga copas y cigarros....de los buenos!

JULIO. Asiente y sale por la derecha.

ESCENA SEXTA

HUERTA, DR. URRUTIA. De paso, los siguientes: Un federal «ORDENANZA,» DOÑA PAULA, ARTURO CASTRON, el JUEZ del Registro Civil, TESTIGOS del matrimonio

HUERTA. Viendo la petaca en la puerta del gabinete negro, saca del bolsillo un llavín, abre la caja fuerte, extrae de ella algunos lios de billetes y valores y los mete en la petaca. Un momento, compadre Urrutia; siéntese, mientras doy la última mano a la alcancía.

DR. URRUTIA. Sentándose. Debe estar gorda su alcancía, compadre.

HUERTA. Estuvo; pero ya casi todo salió asegurado, con destino a un gran Banco de extranjis....

DR. URRUTIA. Unos tres o cuatro milloncitos....

HUERTA. Algo así, compadre.... Poquito, con tal de ser bueno.... Nada del papel fabricado por mi orden en casa de Bouligny para comenzar el desastre.... Aquí quedan algunos paquetes de billetes yanquis para divertirme en el camino. Cierra la caja fuerte y la petaca. Lleva ésta al «gabinete negro.» Toma asiento al lado del Dr. Urrutia. ¡Nos vamos armados, compadre!

DR. URRUTIA. ¡Yo no! Sólo los cuatrocientos mil del

águila en que cedí mi Sanatorio para los pobres.... Vale dos millones.

Un «Ordenanza» entra por la derecha trayendo un servicio de botellas, copas y cigarrros, que coloca sobre la mesa del estrado.

HUERTA. Aquí vienen las copas; son las del estribo, compadre.... ¡Ya nos vamos!

ORDENANZA. A Huerta. Señor Presidente; llega en este momento Doña Paula con señores.... Dos automóviles....

HUERTA. Se irán luego.... No voy a recibir más que a Gabriel y a Matarratas que traerán un preso.

El Ordenanza sale.

DOÑA PAULA, ARTURO CASTRÓN, con uniforme de General Brigadier, el JUEZ del Registro Civil y cuatro TESTIGOS entran por la derecha.

DOÑA PAULA. Presentando. El señor Juez del Registro. Los señores que nos honran como testigos del matrimonio civil. Saludos rápidos.

HUERTA. Habla en voz baja con Doña Paula.

DOÑA PAULA. A sus acompañantes, dirigiéndose a la puerta izquierda. Por aquí....

HUERTA. Pasen ustedes! Todo tendrá lugar en la sala interior.

DOÑA PAULA. Saldremos después por la puerta del jardín.

HUERTA. A Castrón. Sí, mi yernecito; iré al religioso. Por allí les caigo, a la hora de la bendición, en la capilla de Mascarones.

DOÑA PAULA, CASTRÓN, el JUEZ del Registro y los Testigos, salen por la izquierda.

HUERTA. Sirviendo una copa al Dr. Urrutia, y otra para sí. Sí, compadre, nos vamos. El gringo Woodrow Wilson no

ha querido tragarme!.... Pero nos vamos «armados.» Hace un signo de dinero. Lo malo no es correr, sino correr «desarmado.» Hace un signo de bolsillos vacíos. Las hordas del Norte y Sur se van a dar el gran frentazo en esta Ciudad de los Palacios. Les dejo la Tesorería tan vacía como mi caja fuerte. Agotado el crédito de México en el Exterior.... Comprometidos los Bancos con emisiones a más no poder.... Después de mí, el diluvio, como dijo.... Napoleón 1º.... Un diluvio de papel moneda.... Había un dique; he rotpido el dique, y el pueblo se ahogará en billetes de curso forzoso.... Un pueblo como no hay otro en el mundo. Tiene hambre; pide pan; se le da papel; y come papel.... ¿No es verdad, compadre, que es un pueblo inmejorable? Traguitea.

DR. URRUTIA. Sí, compadre.... Grita «vivas» al que le pega más duro.... Contra este pueblo se estrellan las leyes de la Sociología General.

HUERTA. A mí me grita «viva!» mientras digan que soy «templado.... El día en que se diga que no soy «templado», gritará «muera Huerta.»

DR. URRUTIA. Indudablemente, compadre....y como las hordas del Norte y Sur, que avanzan incombatidas, pueden poner en duda su «templanza», debemos irnos.

HUERTA. Sólo hay un hombre en este Distrito Federal que ha osado gritarme «muera Huerta!», aun en medio de mi mayor «templanza».... Es Don Belisario.... Lo hemos hundido.

DR. URRUTIA. Yo no, compadre.... Siendo Ministro de Gobernación, no hice más que vigilarlo.... Cuando se le aprehendió y trató de matársele, había yo dejado el Ministerio.

HUERTA. Salió mal esa «escabechada».... No quiso

asistir Raulito Donarís, buen esbirro; y Don Belisario sólo recibió una herida de refilón en el pescuezo....

DR. URRUTIA. Le interesó la yugular interna. Hubo hemorragia intensa, síncope.... Don Belisario quedó tendido en el suelo un buen rato, al borde de la calzada de Coyoacán, cerca de Churubusco. Lo levantaron unos indios arrieros de Xochimilco, y viendo que respiraba, lo llevaron a mi Sanatorio, amarrado al aparejo de un burro.... Era de noche.... Estaba yo allí.... Al reconocerle, me convencí de que el golpe no estaba completamente frustrado. No tenía yo más que apartar los coágulos, dejar que la hemorragia siguiera y abstenerme de toda intervención para verle morir. .. Pero el médico se sobrepuso en mí al político.... Sentí una especie de reacción moral que me forzaba al bien después de tantos males....y lo salvé.

HUERTA. Yo también discurrí salvar a un tipo tan raro.... El único hombre que me había maldecido cara a cara.... Lo tuve escondido....

DR. URRUTIA. Tan bien escondido que se pudo acreditar la especie de que Don Belisario estaba en Nueva York brillando y gozando....

HUERTA. «Ya *pareció* en Yanquilandia y está vivito», dijo en «El Imparcial» mi loco de cámara Díaz Mirón.... Pero vamos al caso, que el tiempo urge.... A mí no me conviene dejar en la capital un enemigo de ese temple.

DR. URRUTIA. Qué! ¿Quiere rematarlo, compadre?.... Está muy postrado Don Belisario. La anemia profunda, consecutiva a su hemorragia, y el encierro en que se le ha tenido, lo han debilitado a tal grado!....

HUERTA. Quisiera yo evitarme la necesidad de matarlo. No sé qué respeto extraño me inspira la energía de ese

hombre....a mí, que tantos he mandado despachar entre copa y copa! Bebe. Ya dejo detrás de mí una larga cola de apóstoles y mártires.... Este ha expresado su rebeldía en discursos que me serán colgados como un sambenito!.... Si aprovecháramos su debilidad para hacerle firmar una palinodia!.... Saca un papel de su cartera. Aquí me la ha escrito Díaz Mirón, esa palinodia.... Imposible que el fiero Don Belisario proteste después contra su propia retractación.... Sería tanto como afirmar que su espíritu cede a la presión ejercida en su cuerpo.... Y en la impotencia para renegar de su firma, los «discursos» serán letra muerta. (Ruido de automóvil.) Me parece que ya lo traen. (Se asoma a la ventana.) Sí!.... ¡Caramba! ¡Qué postración!.... Casi en peso lo hacen subir la escalinata!.... Como si fuera a desmayarse.

DR. URRUTIA. Sacando un estuche de inyecciones hipodérmicas. Aquí traigo mi jeringuilla y tubos de soluciones.

HUERTA. Usted, el del bisturí, ¿es también de jeringa?

DR. URRUTIA. Cuando así se requiere, compadre.... Varias solucioncitas para reanimar o hacer dormir, según la indicación.

HUERTA. Reanimar o hacer dormir.... ¿Y para hacer morir?

DR. URRUTIA. ¡Oh!....

ESCENA SEPTIMA

Dichos; DON BELISARIO, MATARRATAS, GABRIEL HUERTA

Por la puerta derecha, entra Don Belisario desfallecido, sostenido

por Matarratas y Gabriel H.

HUERTA. A Matarratas y Gabriel H. Siéntenlo allí. Señala un sillón del estrado.

DON BELISARIO. Sobreponiéndose a su estado de extrema debilidad, hace movimientos enérgicos, se desprende de los dos esbirros, se descubre el rostro y mira de frente a Huerta.

HUERTA, esquiva la mirada, dando media vuelta.

DR. URRUTIA. Persuasivo. Señor doctor..., por hondas que sean nuestras divisiones políticas, he llenado para con usted deberes de compañerismo y de humanidad....

DON BELISARIO. Es verdad.... Usted me asistió cuando fui herido por los esbirros de ese. Señala a Huerta.

DR. URRUTIA. A Huerta. ¿Se pueden retirar por ahora estos hombres? Señala a Matarratas y Gabriel.

HUERTA. Hace un signo de asentimiento y dice algo en voz baja al par de esbirros.

MATARRATAS y GABRIEL H. franquean la puerta derecha y la cierran. (Por lo que sigue se inferirá que quedan tras de la puerta, de centinelas.)

DON BELISARIO. Sosteniéndose en pie, difícilmente. ¿De qué se trata aquí?

DR. URRUTIA. Persuasivo y dulce, hace sentarse a Don Belisario en el sillón y se sienta a su lado. No se trata de hacerle a usted ningún mal.... Al contrario.... El General Huerta reconoce sus altas cualidades, y le aprecia. Está dispuesto a dejarle en libertad, bajo una condición.... Convendrá usted en que sus discursos contra él fueron terribles.... Esos discursos circulan y circularán más.... Por lo mismo, sólo le pide que atenúe usted la fuerza de sus ataques con una declaración.

DON BELISARIO. ¿Declaración?....

DR. URRUTIA. Mostrando a Don Belisario el escrito de retractación. Sí, señor compañero; lea usted....

DON BELISARIO. Echa una ojeada al escrito.

HUERTA. Paseando por la sala, se detiene para observar en Don Belisario el efecto de la lectura.

DON BELISARIO. Rompiendo el papely esforzándose por hablar. ¡Y se figuraron que yo firmaría semejante indignidad!.... Más bien que retractarme en lo más mínimo de mis discursos, tendría que hacerles añadiduras.... Se pone en pie con esfuerzo y se dirige a Huerta. En ellos dije de usted que, bajo el pretexto de pacificar al país, lo estaba precipitando a la ruina.... ¿Qué ha hecho usted desde entonces? Embriagar-se y mandar asesinar ciudadanos.

HUERTA. Cuidado, amigo; no se enfurruñe....

DR. URRUTIA. Cállese usted, Don Belisario.

DON BELISARIO. Esforzándose más y más contra su debilidad creciente. Dije de usted que, por salvar sus planes egoístas con un aparato de patriotería, estaba usted provocando la intervención armada de los Estados Unidos.... La provocaba usted con el pleno conocimiento de nuestra impotencia para rechazarla.... La invasión se ha efectuado en Veracruz.... ¿Qué paso ha dado usted para combatirla?.... Ninguno! Ha envilecido usted al ejército; ha seguido embriagándose con sus esbirros, aherrojando y asesinando ciudadanos indefensos, culpables de no adularlo.... No era usted más que traidor a un hombre y a un partido.... Hoy ha crecido usted en la traición....contra todo el pueblo mexicano. Agotado por el esfuerzo, se desploma en el sillón.

DR. URRUTIA. Sacando su jeringuilla y cargándola de solución narcótica, descubre vivamente el pecho de Don Belisario desvanecido, y le aplica una inyección. Señor compañero, lo inyecto para

su bien.

HUERTA. Al Dr. Urrutia. Compadre, déle una que lo reviente.

DR. URRUTIA. No; en este momento no soy más que médico. Toma el pulso de Don Belisario. Ya va bien; dejémosle que duerma un poco.... Lo extenderemos en un sofá.

DON BELISARIO. Sentado en el sillón, duerme.

HUERTA. Señalando al gabinete negro. Allí dentro hay un divan. Llamando con voz fuerte, del lado de la puerta derecha. Matarratas! Gabriel!

Se abre la puerta derecha.

MATARRATAS y GABRIEL HUERTA, entran.

HUERTA. Indicándoles a Don Belisario y, señalándoles el gabinete negro. Llénenlo allí.

MATARRATAS y GABRIEL H. Cargando a Don Belisario dormido, lo conducen al gabinete y salen luego sin él.

DR. URRUTIA. Acompaña a los esbirros conductores; permanece unos instantes dentro del gabinete. Reaparece. Toma su sombrero. A Huerta. Me voy, compadre; tengo que preparar mi viaje.

HUERTA. Yo también....y debo asistir al matrimonio religioso de Clarisa. Habla en voz baja para no ser oído de los esbirros que, cerca de la puerta, esperan órdenes.

DR. URRUTIA. Cuando Don Belisario despierte, que se lo lleven a su casa.

HUERTA. Libre! Hace un signo de oposición.

DR. URRUTIA. Déjelo libre. Al cabo, ya nos vamos! Se despide, y sale por la derecha.

MATARRATAS. Por la derecha, cruzándose con el Dr. Urrutia. A Huerta. Señor Presidente; allí está el Capitán Donarís, en la espera.

HUERTA. ¡Raúl Donarís! Que pase!.... Déjenme solo, con él. Cierran; y no me dejan pasar a ningún otro.

MATARRATAS y GABRIEL, salen.

HUERTA. Queda un momento solo. Va hacia el gabinete. ¡Sí yo mismo lo matara! ¡Pero es extraño! No sé qué respeto me impone ese loco.... No puedo, no puedo.

ESCENA OCTAVA

HUERTA, RAUL

RAUL. Entra vestido de simple cadete, con marrazo, en vez de espada. Los esbirros cierran tras de él la puerta derecha.

HUERTA. ¡Cómo, mi Capitán! ¡Ha dejado usted sus galones!

RAUL. Ligeramente ébrio, lleva la mano al puño del marrazo. No tengo más que mi marrazo.... Soy soldado, cadete.... A usted sólo le debo maldades, inconsecuencias.

HUERTA. ¡Hombre! Lo he distinguido a usted.... Hasta pensaba hacerlo mi yerno.

RAUL. ¿Y casa a Clarisa con otro?

HUERTA. ¡Cómo! ¿De dónde sabe?

RAUL. He visto aquí su vestido de novia.

HUERTA. Un vestido que tiene hace tiempo.... Lo quiere estrenar.... Tómese una copa, amigo. Le sirve una copa.

RAUL. Vacilante. ¡Una copa! No es eso lo que venía yo a buscar....

HUERTA. Andele, amigo; ahora sí vamos a entendernos.... Es muy buen cognac.... ¡Hennessy!

RAUL. Dejándose ir a su vicio. Nomás porque no diga.... Bebe.

HUERTA. Ofreciéndole un cigarro intoxicante. Y fúmesese éste.... Ahora sí!.... Vamos de nueva cuenta.

RAUL. Toma el cigarro, lo enciende y fuma. ¡De nueva cuenta!

HUERTA. Sí; subirá usted a General.... Lo casaré.... Usted es hombre de su brazo....muy templado.... Me ha despachado a muchos.... Sólo queda uno, un pollo de cuenta que nos está dando guerra....

RAUL. ¿Quién es?.... Usted no me ha dado a matar más que sepultureros....los que enterraban al linchado.... A los linchadores toda clase de beneficios; a mí, nada.... ¡Como si yo no sirviera para matar pollos gordos!

HUERTA. Le voy a dar uno.... Tómese otra copa. Le sirve.

RAUL. Después de beber y fumar. ¿Quién es? ¿Dónde? Lleva la mano al marrazo. Estoy listo.... Y que nadie me toque a Clarisa!

HUERTA. Aquí, en este gabinete.... Ya está medio matado. Conduce a Raul a la puerta del gabinete y le va hablando en voz baja. Alzando la voz. Hay que acabarlo....

RAUL. Desenvaina el marrazo y entra al gabinete negro.

HUERTA. Lo sigue.

Se oye un grito; luego quejidos de agonía.

HUERTA. Reaparece. Me ha dado horror, a mí, que he visto tantos!

RAUL. Sale del gabinete, más descompuesto de semblante y de traje. En la mano el marrazo ensangrentado. La sangre que lo ha salpicado se manifiesta particularmente en sus puños y cuello. Envaina el marrazo. Trata de borrarle la sangre con el pañuelo. ¿Quién es ese hombre?

HUERTA. Bien, mi capitán....mi coronel....mi generali-

to de mañana.... ¡Muy bien! Aparte, viendo el reloj. ¡Caramba! Se pasa la boda en Mascarones, y es preciso ir! Se pone el sombrero.

RAUL. ¿Quién es ese hombre?

HUERTA. ¡Quién ha de ser! Un escabechado.

RAUL. Apenas se veía.... En la barba se parece a Don Belisario.

HUERTA. ¡Qué! Un pollo de cuenta escabechado.... Todos los escabechados se parecen.... Me voy.... Usted se irá luego.... Vuelva mañana....

RAUL. Restregándose la sangre de manos y puños. Necesito lavarme para salir.

HUERTA. ¡Bueno! Conque sale luego y hasta mañana.... Matarratas y Gabriel vendrán por el escabechado. Lo sacarán a la noche, le darán unos cuantos tiros en la cabeza; y al hoyo! Abre la puerta derecha y sale, dejándola entrecerrada.

ESCENA NOVENA

RAUL, solo

RAUL. Se pasea locamente, absorbido. Da unos pasos hacia el gabinete y se detiene en la puertecita. No! La barba es más grande y el cuerpo más flaco.... No es él! Va hacia el estrado y se sirve una copa. Bebe un trago. Contempla la sangre de sus puños y derrama en las manchas el resto de la copa. La sangre no se quita!.... Se despoja de los puños postizos, y va hacia la ventana para arrojarlos. Viendo hacia fuera. Oh! Mamá! Aquí viene mamá! Hace un movimiento instintivo e inútil para ocultarse. Ya me vió! Saluda con la mano. ¡No tengo más que

esperarla! Ya entra! Tira los puños. ¿Qué me querrà y qué le voy a decir?... Se lo diré! Necesito decirle a alguien que acabo de matar.

ESCENA DECIMA

RAUL, SRA. DONARIS

SRA. DONARIS. Por la derecha. Angustiada. ¡Hijo! ¿Qué haces en esta casa?... No creía yo que aquí estuvieras.... Desde hace rato estoy allí cerca, en acecho.... Quiero vengarme; quiero vengarte.... La voy a vitriolar.

RAUL. ¿Vitriolar a quién?

SRA. DONARIS. A Clarisa! ¿No lo sabes? Se casa! En estos momentos se está casando en la capilla de Mascarones.

RAUL. ¡Imposible!.... ¿Qué oigo? ¿Es sueño o realidad? Madre! ¿No es esto efecto de la mariguana?

SRA. DONARIS. Es verdad. La he visto vestida de blanco. Se casa con Arturo Castrón.

RAUL. Desenvaina el marrazo. Yo lo reto. Que saque su espada! Me batiré con él a muerte.

SRA. DONARIS. Te han engañado; te han perdido!.... Huerta ha hecho de tí un borracho-mariguano, asesino!.... A Don Belisario lo mandó matar.... ¡Y se van a Europa felices, muy ricos! Saca de su bolsa de mano un frasco. Mira; esto es vitriolo. Quería yo arrojárselo a la cara, a él y a la muchacha cuando entraran.... Lo haré aquí. Dios ayuda al que castiga a los criminales.

RAUL. Madre, ¿y a mí, quién me castiga?... Reflexivo. ¿Qué decías de Don Belisario?

SRA. DONARIS. Que Huerta lo mandó matar.... Se salvó, y lo tenía escondido para hacerlo morir poco a poco.... Algo más habré, al fin, de revelarte tocante a Don Belisario, tu protector y el mío. Se fija en Raúl. ¿Qué tienes? ¡Te demudas! Ve su mancha del cuello. ¡Sangre en el cuello!

RAUL. No me lo preguntes, madre!.... Siento aquí.... La mano a la frente. Siento aquí algo horrible.

SRA. DONARIS. Viendo el marrazo. También tu arma manchada de sangre!.... Has matado... ¿A quién? ¿A algún inocente? ¡Si al menos hubieras matado a Huerta!

RAUL. Envaina el marrazo. Madre! Acabo de matar a un hombre. Huerta me mandó. No sé quién es....

SRA. DONARIS. ¿Dónde?

RAUL. Aquí.... En ese cuarto oscuro.... Tendido sobre un diván.... Se parece....

SRA. DONARIS. Cerca de la puertecilla. ¡Qué! ¿A quién?... ¡Cuánta obscuridad! Ve en la consola el candelabro y los cerillos. Enciende dos velas. Toma el candelabro y entra al gabinete.

RAUL, la sigue.

Un grito de la Sra. Donarís. Ruido del candelabro al caérsele.

SRA. DONARIS. Dentro. ¡Es Belisario! Reaparece, enloquecida. A Raúl. Desgraciado! ¡Tú!.... ¿Tú lo mataste!

RAUL. Sí, madre.... No podía ver quién era.

SRA. DONARIS. Don Belisario... ¿sabes lo que era tu yo?... ¡Eres tan hijo mío como de él!.... Has matado a tu padre....

RAUL. Yendo a la puerta del gabinete, desenvaina el marrazo. Aquí debo morir, al lado de mi padre. Se hiere profundamente en el pecho. Caer. Convulsiones. Palabras confusas. Se arrastra hacia dentro. Muere.

SRA. DONARIS. Se arrodilla en el umbral, junto a Raúl. Vién-

dole morir. Muerto mi hijo! Muerto Belisario! Estoy de más en la vida.... ¡El vitriolo! Saca el frasco y bebe el contenido. Grito de dolor intenso. Cae desmayada.

ESCENA UNDECIMA

Dichos; MATARRATAS, GABRIEL HUERTA

MATARRATAS. Deteniéndose en la puerta derecha; en tono de guasa. ¡Alto el fuego! ¿Quién vive?

GABRIEL H. Avanzando hacia el gabinete. Nadie vive! Todos han muerto!... Grandes cosas han pasado aquí, mientras fuimos a la pulquería.

MATARRATAS. Tropezando con la Sra. Donaris que se agita. La francesa no ha muerto.

SRA. DONARIS. Retorciéndose, caída; con voz angustiosa. Me quemó! Agua! Agua!

GABRIEL H. La Madama pide agua.

MATARRATAS. Riendo y sacando pistola y puñal. Nosotros no damos agua más que con esto....

SRA. DONARIS. Esbirros de Huerta!... Incorporándose un momento, se extiende de nuevo, desvanecida.

GABRIEL H. Si no llega el patrón, lo vamos a llamar! Abre la ventana. Allí viene la boda. Un bolón de gente rodea los coches.... ¡Cuánto mecapalero!... Unos por el tostón, otros por la peseta....hasta por jarro de pulque!

MATARRATAS. Asomándose. ¡Qué bonita boda!... Yo me quisiera casar así, con tres matados en casa. Regocijado de ver licores y cigarros, se sirve una copa, enciende un cigarro. Bebe y fuma.

SRA. DONARIS. Incorporándose sobre un codo. ¿Dónde es-

tán Huerta y la novia?... Nemás quiero decírles mi última palabra.... Luego me matan, esbirros! Se extiende, convulsa.

MATARRATAS. Bebiendo. Ja, ja!

GABRIEL H. ¿Qué querrá con la novia esta señora? ¡Algún recado para el otro mundo! Se sirve y bebe. ¡Un trago! A la Sra. Donarís. Saludos al Padre Eterno, Madama!....

MATARRATAS. Oyendo hacia fuera. Ya llegan!

ESCENA DUODECIMA

Dichos; HUERTA, luego CLARISA y CASTRÓN

HUERTA. Por la derecha, ebrio, se sorprende de ver a Matarratas y Gabriel. ¡Todavía aquí ustedes! ¡Les dije que sacaran aprisa al muerto y al muchácho!

MATARRATAS. ¿Para qué, jefe?... Ya se murió el muchacho....y estamos esperando a que se muera la señora (Indicando a la Sra. Donarís) para llevarnos a todos.

HUERTA. ¡Brutos!.... ¿No ven que estoy de boda?

CLARISA y ARTURO CASTRÓN. Entran por la derecha: ella en traje de desposada, con devocionario y rosario; él, con su uniforme de General.

CLARISA. Anda, papá; vamos al comedor.... El banquete, antes de tomar el tren....

SRA. DONARÍS. Incorporándose. Clarisa; venga aquí....

CLARISA. ¡La Madame Donarís en el suelo! Curiosa, se acerca a la Sra. Donarís, sin que Huerta pueda evitarlo.

SRA. DONARÍS. Rociando de sangre a Clarisa y sujetándola por la falda con la mano ensangrentada. Tenga la sangre de mi

hijo.... ¡Sinvergüenza! Su regalo de boda.

CLARISA. Se recoge la falda ocultando la sangre. ¡Ay! Me ha manchado mi vestido blanco! Corre hacia la puerta izquierda, con la falda alzada y manchas de sangre en la cara. ¡Papá! ¡Arturo!.... Mi vestido blanco echado a perder.... ¡con la sangre de Raúl! Sale.

ARTURO CASTRON. Corriendo tras de Clarisa. Clarisa!.... Clarisa!.... Sale.

GABRIEL H. ¡Cómo corre ese General!

MATARRATAS. ¡Ja, ja!.... Es la hora en que todos los Generales corren. A Huerta. Jefe! ¿Le damos agua a esa vieja? Señala a la Sra. Donarís que se agita.

Gritería fuera, viniendo del fondo. Se perciben voces: Huerta! Que hable Huerta!

HUERTA. Yendo a la ventana que ha quedado sin cerrar. ¿Qué quieren éstos? ¡Que hable yo! ¡Y en qué situación!.... ¡Vaya unos brutos! ¡Qué pueblo tan bruto!

VOCES fuera. ¡Huerta! ¡Que hable Huerta!

HUERTA. Hablando hacia fuera por la ventana. ¡Pueblo querido!.... ¡Amado pueblo!.... Dios me puso para salvarte! ¡Voy a hacer la paz! ¡La paz será un hecho cueste lo que cueste!.... ¡Tengo un ejército de ciento cincuenta mil hombres!.... ¡Doscientos mil hombres!.... Cuarenta mil block-houses en toda la República!.... Cincuenta mil block-houses! De uno a otro se cruzarán los fuegos! Y mucho dinero.... Ya no curso forzoso. Puros pesos fuertes y oro!.... Muera Wilson! Mueran los gringos!

VOCES fuera. Viva Huerta!

HUERTA. ¡Qué pueblo!.... Es de aparejo y bozal....

SRA. DONARIS. Arrastrándose de nuevo hacia los cadáveres; a Huerta. Miserable traidor!.... Ven acá.... Te quiero echar

también la sangre de mi hijo....la de Don Belisario.... ¡Asesino! Desfallece. ¡Agua! ¡Agua!

MATARRATAS. Mostrando el puñal a Huerta. Jefe! ¿Le doy agua a la vieja?

HUERTA. Recogiendo del suelo el frasco vacío y observando a la Donarís. Ya se va.... Se acabó el frasco de veneno.... Aparte. Ahora lo que me importa es ir a tomar el tren.... ¡Mi petaca! Se dirige al gabinete, y en la puerta vacila en entrar, horrorizado. Parece mentira que yo sienta miedo de ver a ese loco muerto!.... ¡Já, ja! No faltaba más sino que dejara aquí tantos miles....¡y de dólares! Se introduce en el gabinete y reaparece con la petaca.

SRA. DONARIS. Hace un esfuerzo supremo, intentando asir el pantalón de Huerta con su mano ensangrentada. ¡Asesino!

HUERTA. Da un salto para escapar a la mano que lo persigue. Hace a Matarratas un signo equivalente a una orden de acabar a puñaladas con la moribunda. Te los llevas a los tres al cementerio de Coyoacán.... A la nochecita. Corriendo con su petaca, sale por la izquierda.

GRITOS fuera. ¡Viva Huerta!!!

TELON

FIN DEL DRAMA.

PUBLICACIONES DE LA MISMA LIBRERIA

Roque Estrada.

La Revolución y Francisco I. Madero. Primera, Segunda y Tercera etapas.
Momento Psicológico.

Gonzalo de la Parra.

De cómo se hizo revolucionario un hombre de buena fe.

Guillermo Mellado.

Crímenes del Huertismo.
Tres Etapas Políticas de Don Venustiano Carranza. (Campanas del Cuerpo de Ejército de Oriente).

Prof. Lucio Tapia y Dr. Arnoldo Krumm Heller.

Trilogía Heroica.

Lic. Manuel Brioso y Candiani.

Las Causas de nuestra Revolución. (Apuntes para la Filosofía de la Historia en México).

Carlo de Fornaro.

México tal cual es.

Roberto Villaseñor.

El Separatismo en Yucatán. (Novela histórico-política Mexicana).

Heriberto Frías.

Los piratas del Boulevard.

Miserias de México. (Novela).

El triunfo de Sancho Panza. (Novela).

Fernando del Corral.

Kaleidoscopio.

Amador de Campomanes.

Liba. (De otros días). Novela.

Piedras del Camino. (Novela).

Juan Zorrilla de San Martín.

Tabaré.



Date Due

FEB 1 1947

FEB 1 7 1947



862.6 Q31



a39001 008143599b

862.6

Q31

71559

